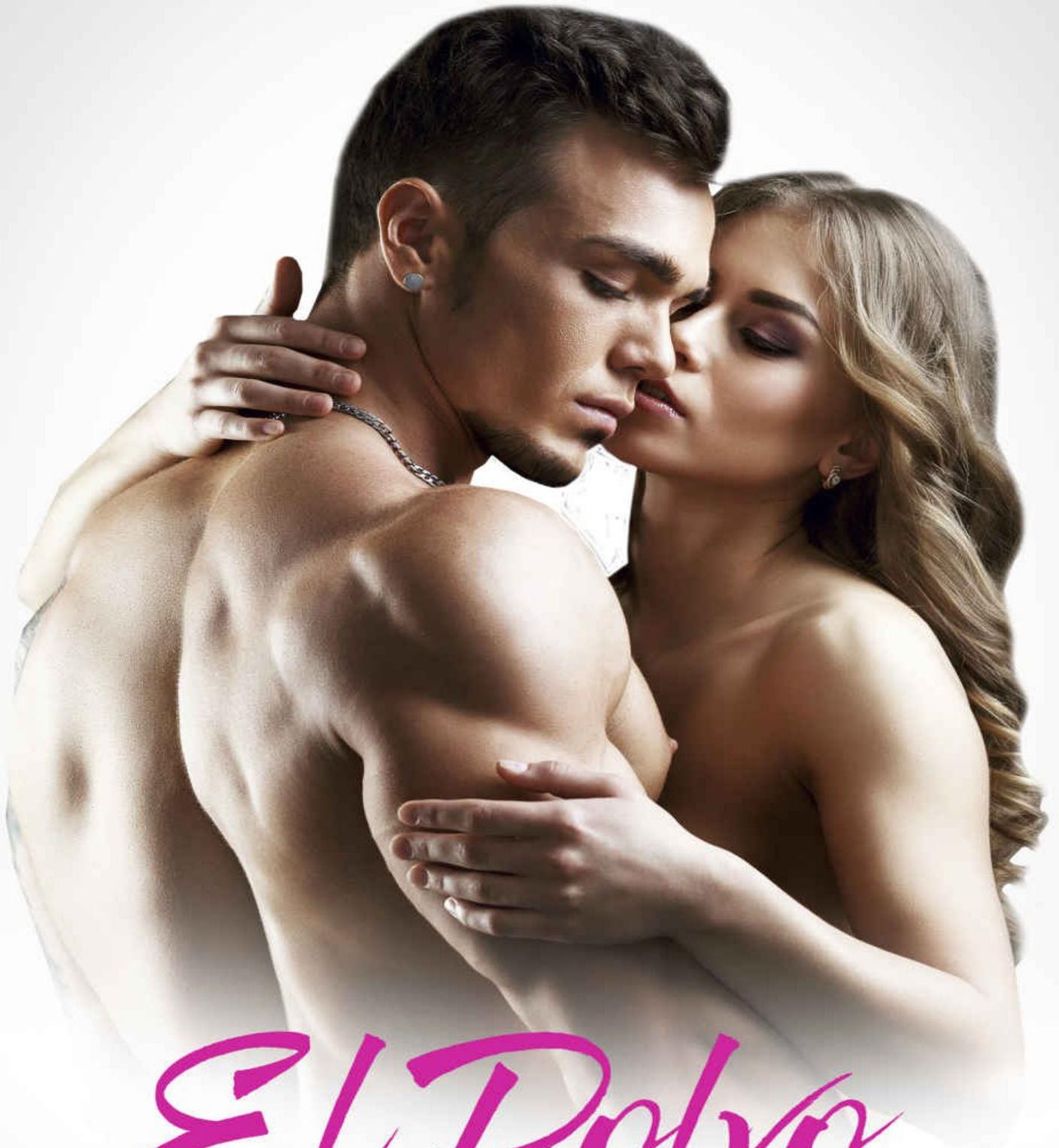


ELENA ROMERO



El Pobre
DE SU VIDA

SEXO Y SEGUNDA OPORTUNIDAD CON
EL CHICO MALO



EL POLVO DE SU VIDA

Sexo y Segunda Oportunidad con el Chico Malo



Por **Elena Romero**

© Elena Romero 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Elena Romero.

Primera Edición.

*Dedicado a Isabel y Jose,
por estar siempre ahí cuando los necesitaba.*

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

ACTO 1

Anhelantes con poca voluntad

Salvador despertó aquella mañana prácticamente fusionado con el cuerpo de Diana, quien se halla profundamente dormida junto a él. El afortunado joven puede percibir el aroma de la chica, pues su nariz se encuentra casi pegada a la nuca de la cálida mujer. El cabello liso de color castaño claro, se esparce por toda la suave y confortable almohada blanca, mientras disfrutaron de un sueño profundo durante toda la noche.

Ambos comparten la misma almohada, mientras el brazo de Salvador Aristeguieta rodea el cuerpo de la chica, sujetándola como si no quisiera que se marchara jamás. Ambos con sus ojos cerrados, forman una sola masa que ha sido partícipe de una noche inolvidable en la que sus cuerpos se juntaron por primera vez, conociendo el significado de hacer el amor. Salvador ha recobrado la conciencia, pero al darse cuenta de las condiciones en las que está, no mueve un solo músculo para no perturbar a su compañera.

La cabeza de Diana Montenegro, reposa sobre el brazo de su amante, a quien le ha entregado su inocencia y ha firmado un contrato de exclusividad para su corazón. La joven inocente, nunca había compartido una relación tan intensa con nadie en el pasado, pero se había enamorado ciegamente de este joven chico que había aparecido en su vida de manera casi casual. Cada mañana, la chica salía de su casa montando su bicicleta de color turquesa, la cual, había pintado ella misma con algunas decoraciones de arcoíris.

Podía parecer un poco inmadura para su edad, y realmente, para ese momento, Diana Montenegro no tenía un conocimiento demasiado amplio de lo que era el mundo. Su padre, se había encargado de mantenerla alejada de los jovencitos que constantemente intentaban acercarse a ella. Después de haber crecido viviendo en una burbuja, sería Salvador Aristeguieta quien se cargaría de romper dicha burbuja para introducirse en la vida de la inocente Diana Montenegro.

Según sus planes, había llegado para quedarse, Salvador Aristeguieta no estaba dispuesto a permitir que aquella hermosa joven le fuese arrebatada de su lado bajo ninguna circunstancia, al menos esto era lo que él pensaba. Salvador tenía un ego enorme, el cual le hacía pensar que Diana sería incapaz

de separarse de él algún día, y aunque esto era muy posible, no dependería de Diana Montenegro permanecer al lado de este joven.

Stefano Montenegro no estaría dispuesto a aceptar a absolutamente ningún chico interfiriendo en los planes futuros de su hija, ya que esta estaba destinada a convertirse en una afamada doctora de la ciudad de Nueva York. Siempre se había apasionado por la medicina, y hasta ese día, había discutido en múltiples ocasiones los planes que tendría a futuro al asistir a la Universidad Central de Nueva York. Su padre había movido cielo y tierra para poder pagar aquella universidad, siendo ayudado por una beca que conseguiría la chica, cuya inteligencia era admirable.

Fácilmente, los planes de Diana Montenegro y su padre se verían corrompidos por la aparición de un tercero en sus vidas. No había planes que involucraran al amor o una ilusión temporal, ya que esto podría desviar el camino que, con tanto esfuerzo Stefano Montenegro había trazado para que su hija lo recorriera. Aquella mañana, Diana Montenegro había amanecido en la cama de Salvador Aristeguieta, rompiendo con la regla fundamental de llegar a casa a las 6:00 de la tarde como máximo.

Durante toda la noche, su padre buscó como un demente a la chica por toda la ciudad, asumiendo que esta había sido secuestrada o había ocurrido lo peor. Había mantenido una relación secreta con Salvador Aristeguieta durante más de seis meses, y aunque sabía que tarde o temprano todo sería descubierto, Diana se dedicaba a vivir aquella ilusión de la manera más plena posible. En seis meses se había dado cuenta de que el amor era posible, y tener el cuerpo desnudo de Salvador Aristeguieta abrazándola aquella mañana, haciéndola sentir completamente protegida y cuidada, era lo único que le importaba en ese instante.

Diana Montenegro se había desconectado totalmente de sus valores y principios, dándole rienda suelta a todos sus deseos apasionados que la habían llevado a dormir aquella noche en la casa de su novio. Salvador había sabido mover sus piezas con mucho cuidado, ya que, en ningún momento había presionado a la chica para que esta se acostara con él. Siendo un novio comprensivo y tierno, había llevado poco a poco a Diana Montenegro a una zona de comodidad, suficiente como para que esta pudiese tomar la decisión ella misma de entregarse en cuerpo y alma a Salvador Aristeguieta.

Después de salir de clases aquella tarde, la chica había decidido caminar

por el parque con su novio clandestino. Solían apartarse de la mayoría de las personas, intentando mantener la confidencialidad de su relación. Los besos, y las caricias nunca se hallaban ausentes durante los encuentros entre Diana y Salvador, quienes comenzaron aquella tarde a sentir como los besos apasionados ya no eran suficientes para demostrarse su amor.

La enorme sensación de ardor y calor que surgía en el vientre de Diana Montenegro, le hablaba claramente de lo que su cuerpo estaba pidiendo. Sentía como las manos de Salvador acariciaban su cabello y su rostro, en medio de un beso húmedo y apasionado acompañado por los rayos finales de un sol agonizante al atardecer. Ella supo perfectamente que era el día de dar el paso que tanto había evadido. No tenía la menor idea de cómo pedirle a su compañero que la convirtiera en mujer, por lo que, dejó que sus manos y su cuerpo hablaran por ella.

Esa tarde, la chica llevaba un abrigo blanco con unos estampados elaborados con rosas, el cual era uno de sus favoritos, pues se lo había regalado su padre en su último cumpleaños. Mientras se encontraba en medio de un vendaval de besos, su espalda se apoya contra un enorme árbol de cedro. La chica se quitó la prenda de vestir floreada, mostrando una camiseta con un escote bastante pronunciado. No solía mostrar demasiada piel a Salvador, ya que, su intención nunca fue tentar los deseos de su novio.

Durante todo ese tiempo habían llevado una relación inocente y tierna, pero esta había cambiado de tono rápidamente aquella tarde. Salvador detuvo el torbellino feroz de besos al aire libre, para contemplar el cuerpo de Diana. Pudo detallar todas las pecas que se distribuían por los hombros de la chica, mientras sus dedos parecían acariciar el tapizado discreto de la piel de Diana Montenegro. La chica cerró sus ojos, mientras sentía como los dedos trazaban suaves y delicadas líneas en su piel, el juego previo comenzaba a efectuarse sin que ninguno de los dos supiera hacia donde dirigía aquella tormenta de sensaciones que crecía entre ellos.

Las manos de Diana, se posaron sobre el rostro de su compañero, mientras acariciaba con sus dedos pulgares los labios mojados de este. Salvador observaba con mucho detalle el rostro de la chica, sonriendo de forma completamente genuina, dándole una confianza absoluta a Diana de que era el hombre correcto.

Justo en ese instante, Diana no pudo evitar saltar en brazos de su

compañero, rodeándolo con uno de sus brazos de forma muy fuerte alrededor de su cuello. Salvador sintió como si le cortaran la respiración, pero no era capaz de interrumpir el acto. Con su otra mano, la chica acariciaba el cabello oscuro de Salvador, peinando su cabello con sus dedos una y otra vez.

— Creo que te amo... — Susurró Diana al oído de Salvador.

Muchas veces se había visto tentada hacerle esta revelación a su compañero, pero no fue sino hasta aquella tarde que, había reunido suficiente valor como para pronunciar aquellas palabras que tanto significaban para ella. Salvador observó las hojas de los árboles que caían una a la vez desde las intimidantes copas, respirando profundamente mientras sus brazos rodeaban la espalda de la chica. Sintió como el corazón de Diana latía con mucha fuerza mientras se encontraba presionado contra su pecho.

Se detuvo unos segundos para generar algo de tensión, ya que sabía perfectamente que Diana estaba esperando una respuesta en ese preciso instante. No había duda de que sentía algo similar por ella, quizás con la misma o mayor intensidad que podía sentirlo Diana, por lo que, se dispuso a abrirse emocionalmente también con ella.

— También te amo... Te amo más que a nada, Diana. — Dijo Salvador, antes de besar la mejilla de la chica.

Diana había experimentado un terror indescriptible al pensar que este sujeto no correspondería su sentimiento, acto seguido volvieron a besarse intensamente en los labios, pero esta vez, las manos de Salvador se dirigieron a un lugar prohibido. Aunque sus movimientos fueron discretos, poco a poco se fue deslizando hacia la parte baja de la espalda de la chica, haciendo contacto con la parte superior de sus glúteos.

Diana sintió como las manos del caballero buscaban inocentemente tocarla en sus zonas más sensibles, y aunque en otras oportunidades lo habría impedido, esta vez no tuvo voluntad. Diana disfrutaba del cálido aliento de su compañero, quien siempre transmitía una frescura y un sabor dulce y tierno. Besaba continuamente sus labios mientras se encontraba con la mirada de ojos verdes de Salvador Aristeguieta, cuyo brillo en sus ojos la hacía saber perfectamente que había tomado la decisión correcta al revelarle su amor aquella tarde.

Muchas habían sido las ocasiones en las cuales la pareja se había

demostrado su afecto, pero aquella tarde todo había subido rápidamente de nivel, ya que los besos que se proporcionaban, no eran del mismo nivel de inocencia que antes. Salvador podía sentir como la chica mostraba una necesidad incontrolable de expresarse corporalmente, A través de sus besos intensos, caricias más ardientes y una respiración mucho más acelerada.

Sus cuerpos se encontraban pegados uno al otro, por lo que, fue sencillo para Diana Montenegro poder sentir la dirección que se generó en el pantalón de Salvador Aristeguieta. En otras ocasiones, Salvador había sentido algo similar, pero lo había sabido disimular. Mientras sentía el cuerpo de la agraciada joven tan cerca de él, y su fragancia lo embriagaba, no pudo evitar excitarse intensamente, mientras en su pantalón, estallaba una gran cantidad de sensaciones que deseaban manifestarse.

— ¿Crees que sea el momento adecuado? — Preguntó Diana mientras hacía una pausa en la ráfaga de besos.

A pesar de que siempre había estado esperando ese momento, Salvador fingió una inocencia que lo pondría en una situación de ventaja con respecto a la chica.

— ¿El momento adecuado para qué? — Preguntó el joven.

— Creo que ya estoy lista para “eso”. — Dijo Diana, mientras disminuía la intensidad de su voz progresivamente.

— ¿Eso? ¿Te refieres a “eso” que yo pienso o tienes algo diferente en mente? Expílicate mejor. — Comentó el joven antes de cometer una grave equivocación.

Diana se sonrojó enormemente, ya que intentaba hablar en clave para no quedar en vergüenza delante del chico. Lo último que quería era que este creyera que era una cualquiera, por lo que, comienza un juego de palabras que terminan confundiéndolos más de lo que pensaban.

— Quizás estoy equivocada, pero pienso que deberíamos dar un paso más en esta relación. — Dijo Diana.

— ¿Quieres decir que podríamos estar juntos en la intimidad? — Preguntó Salvador con el corazón a punto de salirse por la boca.

— Me gustas más cada día, y pienso que no es justo para ti hacerte esperar más tiempo. — Respondió Diana mientras sus ojos se encontraban fijos en sus

zapatos.

Salvador experimentó una alegría indescriptible en su corazón al escuchar aquellas palabras, pero debía proyectar una imagen serena y tranquila ante aquella declaración por parte de la chica. Aunque había mostrado una personalidad paciente y enfocada en otras prioridades de la relación, Salvador había sugerido el acto solo en dos ocasiones en los seis meses de relación. El primero de sus intentos había resultado en un fracaso imprevisto que lo había dejado sentado solo en el parque mientras Diana se ponía de pie, huyendo rápidamente del lugar.

A pesar de que creyó que su relación había terminado aquel día, Diana le había pedido disculpas, aunque no cedió ante las demandas de su novio. El segundo intento de Salvador, se había dado en una situación similar a la de esta tarde, pero Diana no estaba ni cerca de experimentar la seguridad que había encontrado esta vez. El tiempo había hecho su trabajo y le había dado la madurez necesaria a la pareja para poder asumir la decisión desde un enfoque tranquilo y razonable.

Claro, esto sonaba muy sencillo, pero ambos se habían dejado controlar por las hormonas y el calor de aquella tarde de verano, por lo que, ninguno de los dos dio una respuesta verbal, solo se dejaron llevar nuevamente por los impulsos y se unieron nuevamente en un beso apasionado en el que sus lenguas eran las principales protagonistas. Esta vez, las manos de Salvador no tuvieron fronteras en su desplazamiento, por lo que fueron a dar debajo del vestido de chambray que llevaba Diana Montenegro aquella tarde.

Era la primera vez que Salvador Aristeguieta hacía contacto con la ropa interior de la chica, por lo que, sintió como su miembro se endurecía cada vez más, experimentando la segregación de algunos fluidos en su zona genital. Cuando su dedo medio de la mano izquierda palpó el panty de Diana Montenegro en el área de la cavidad vaginal, sintió algo increíble al sentir la humedad que había experimentado la chica.

Ese vapor que emanaba de la zona, hablaba claramente los niveles de excitación de Diana Montenegro, quien no opone resistencia ante las intenciones de exploración que mostraba Salvador Aristeguieta. La chica dejó que el joven la tocara, que la sintiera, que conociera su geografía y se diera cuenta de cuando lo deseaba, por lo que, se relajó y dejó que su novio perfecto liderara los pasos a seguir para tener un encuentro apasionado e inolvidable.

Había buscado respuestas en libros, había conseguido de manera clandestina algunas revistas para adultos, intentando dar con la información necesaria para poder tener el mejor desempeño y no comportarse como una idiota. Diana Montenegro había logrado encontrar las suficientes referencias como para no cometer errores, aunque el miedo y el terror que experimentaba, amenazaban con hacerla desistir muy pronto.

Sin esperarlo, Salvador se detuvo súbitamente, tomando a la chica de la mano para correr directamente hacia su casa. Los padres de Salvador Aristeguieta habían salido de la ciudad dos días antes, por lo que, se había quedado completamente solos en aquel lugar. No regresarían sino hasta dentro de tres días, por lo que, tenían un lugar completamente solo para poder llevar a cabo su encuentro inaugural con su primera y única novia, Diana Montenegro.

La chica no tenía la menor idea de a dónde iban, solo seguía los pasos veloces de su novio mientras esta sonreía constantemente al correr hacia su casa. Eran aproximadamente las 5:00 de la tarde de aquel día martes, por lo que, se acercaba la hora límite para llegar a casa. Diana había perdido la noción del tiempo, y había olvidado esta regla fundamental que mantenía viva la confianza entre ella y su padre. Salvador había derribado los esquemas de Diana y comenzaba a hacer estragos en su vida, aunque Diana estaba complacida de que fuese así.

ACTO 2

El placer de romper reglas

Aunque en la mente de ambos jóvenes, aquella primera vez iba a ser un derroche de pasión y desenfreno, cuando llegaron a casa de Salvador Aristeguieta, ambos quedaron cohibidos ante la cercanía de una escena que los llevaría a verse completamente desnudos por primera vez. Tras cerrarse la puerta de la casa de Salvador, ambos comenzaron a besarse, mientras Salvador hacía que la chica apoyara su espalda en la puerta de madera de aquella residencia.

Tras una larga sesión de besos, Salvador tomó la chica de la muñeca y la llevó hacia las escaleras que dirigían hacia la parte de arriba de aquella casa. Mientras caminaba, Diana detallaba el lugar, observando algunas fotos familiares, donde notó la fuerte unión familiar que había entre aquellos miembros. Los padres de Salvador habían salido de vacaciones por unos días, ya que durante todos los días del año habían trabajado duramente.

Confiaban enormemente en aquel chico, por lo que, al dejarlo solo no pensaban en que habría algún inconveniente. Salvador siempre había sido un chico retraído y muy bien portado, por lo que, unos días de soledad en casa no representarían un mayor problema. Esto fue la hipótesis que determinaron aquellos padres en medio de una conversación nocturna donde finalmente decidieron llevar a cabo aquellas vacaciones que tanto habían postergado.

Salvador y la chica caminaban con un paso inseguro, pero rápido hacia la parte de arriba, subieron las escaleras e ingresaron a la habitación de Salvador. Algunos afiches de superhéroes y bandas de rock adornaban las paredes, lo que causó mucha gracia a Diana Montenegro.

— Parece la habitación de un niño... Deberías madurar. — Dijo la chica para romper el hielo y la tensión de la situación.

Salvador se sintió un poco fuera de lugar, ya que, era la primera vez que una chica entraba a su habitación. Haberle dado ingreso a alguien tan importante para él y que esta se burlara de sus gustos, no fue muy agradable para el joven, quien cambió su rostro rápidamente. Diana, con la intención de reparar el daño hecho, se acercó hacia Salvador y lo sostuvo de la camiseta.

Lo miró fijamente a los ojos y con un movimiento muy rápido le arrancó la prenda de vestir.

Al ver el pecho desnudo de Salvador, quien llevaba un dije colgando en su cuello de una cruz de plata, la chica se sintió muy atraída por este. Las delicadas manos de la joven comenzaron a acariciar la piel tersa del caballero, quien puso sus manos sobre la cintura de la chica mientras esta pudo sentir el sudor que segregaba de estas. Ambos se besaban, y no tenían el valor de dar un paso más. Salvador, viendo que la chica tenía toda la iniciativa de llevar a cabo aquel encuentro, se dispuso a quitar el vestido de a Diana.

Esta colaboró con él y allí subió los brazos para sacar la prenda de vestir por encima de su cabeza. Salvador observó los pechos de Diana con ojos brillantes, para posteriormente liberar el sujetador de la chica. Diana temblaba continuamente, ya que era la primera vez que se mostraría desnuda ante cualquier hombre. Ni siquiera su padre la había visto desnuda desde hacía muchos años, por lo que, mientras Salvador acercaba sus manos hacia el broche del sujetador de la chica, esta hacía una fuerza increíble para contener sus nervios.

Salvador liberó la prenda de vestir, quitándosela lentamente a Diana, quien mostró unos pechos simétricos, voluminosos y versos. Los dedos pulgares de Salvador comenzaron a acariciar los pezones de la chica, que tenían un color rosado y una textura tan suave como la superficie de duraznos. Estos comenzaron a endurecerse en función a las caricias que llevaba a cabo el joven, quien había recibido algunos consejos de sus compañeros.

Sabía perfectamente que no debía apretar a la chica como si fuesen dos bolsas de arena, que debía ser delicado y que no debía parecer ansioso. Siguiendo estos tres datos fundamentales, Salvador le proporcionaba a Diana una satisfacción incomparable, la cual fue retribuida a través de caricias en su zona genital. Diana comenzó a frotar el pantalón del chico para endurecer su miembro, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo.

De pronto, sus manos se posaron sobre el cinturón de Salvador, preparándose para liberarlo y bajar el pantalón del chico. Salvador se inclinó para besar los pechos de Diana mientras esta hacía esfuerzos para liberar el cinturón. Esta tarea se hizo cada vez más difícil debido a la falta de experiencia de Diana, por lo que, tuvo que ser ayudada por Salvador. Esto

interrumpió los besos que estaba dispuesto a darle a los senos de la chica para dirigir sus manos hacia su pantalón. Quitó el cinturón y bajó su pantalón de mezclilla color azul.

Ya con el joven en ropa interior, Diana vio mucho más sencillo la tarea de frotar su zona genital. Toca sus testículos y palpaba su miembro, el cual se hacía cada vez más duro. La vergüenza parecía disminuir, pero no desaparecía del todo, ya que, la torpeza era constante en aquella escena. Diana había desnudado sus pies, por lo que, se encontraba descalza en aquel suelo frío de la habitación. El pantalón de Salvador aún se encontraba en los tobillos, por lo que, se encontraban atrapados en ese punto, sin intenciones de moverse de allí.

Diana, un poco ansiosa ante la falta de iniciativa de Salvador, bajó su panty también hacia los tobillos, una prenda de vestir de color rosado que transmitía claramente la inocencia de la chica. Se ayudó con sus pies para terminar de liberarse de esta, encontrándose completamente desnuda frente al caballero. Acto seguido Diana se sentó en el borde de la cama, cubriéndose con la sábana de superhéroes que cubría la cama de Salvador Aristeguieta. Esto le dio algo de tiempo el caballero, quien se quitó los zapatos y finalmente se liberó su pantalón.

Antes de entrar en la cama, bajó rápidamente su ropa interior y entró antes de que la chica pudiese detallar su miembro. Ambos se encontraron dentro de la cama, cubriéndose con la sábana mientras se veían fijamente con un apetito enorme por devorarse, pero sin muchas intenciones de dejar ir la vergüenza. Diana había llevado la sábana hasta la altura de sus pechos, cubriéndolos mientras sus manos se quedaron presionadas contra ellos.

Sonreía una y otra vez mientras Salvador reunía el valor para posarse sobre la chica. Acomodó la sábana y se movió hacia Diana Aristeguieta, sintiendo como sus muslos hacían contacto con los de él. Finalmente, la mano de Salvador comenzó a hacer un recorrido debajo de las sábanas, paseándose por el vientre de la chica, haciendo una trayectoria circular, la cual se transformó en espirales que iban descendiendo rápidamente hacia la zona genital de Diana Montenegro.

La chica se estremecía con cada roce del caballero, pero estaba preparada para sentir el contacto de la mano de su novio en su zona genital. Salvador finalmente llegó a la vagina de la chica, la cual no había sido afeitada

recientemente. Pudo sentir los vellos púbicos de la joven inexperta en sus dedos índice y medio, con los cuales acarició el clítoris de la joven. Diana siguió su instinto, separando sus piernas levemente para permitirle al chico realizar caricias de forma muy cómoda.

La vergüenza no le permitía ver los ojos de Salvador mientras hacía esto, por lo que, fijó su mirada en el techo de la habitación, donde había un par de afiches de los héroes favoritos de Salvador Aristeguieta. El caballero la veía fijamente mientras monitoreaba los gestos de su rostro en medio del acto, pero para su decepción, el rostro de Diana no expresaba absolutamente nada.

Poco a poco, la respiración de Diana comenzó a tomar el ritmo similar al del parque, por lo que, Salvador sintió algo de emoción y comenzó a frotar con mucha más velocidad. Al hacer esto, notó que Diana comenzaba a gemir levemente, por lo que, decidió mover sus dedos un poco más abajo e introducirlos en la cavidad vaginal de Diana. Esto hizo la primera explosión dentro de la joven, quien llevó su mano inmediatamente hacia el pene de Salvador.

Este se encontraba ya completamente erecto, por lo que, la chica comenzó a frotarlo tal y como había leído en alguna revista en su momento. De pronto, fue como si hubiese despertado de un letargo, ya que la chica volteó súbitamente y se encontró con el rostro del caballero para comenzar a besarlo. Mientras una de sus manos masturbaba a su novio, la otra mano acariciaba el pecho este. La lengua de Diana se hizo presente en el lugar, lamiendo el labio superior del caballero mientras este sentía como sus dedos se humedecían cada vez más con las caricias que realizaba en la vagina de la joven.

Acto seguido, Diana tomó el valor para posarse sobre su compañero, quien sintió como todo el cabello de la joven cayó sobre su rostro. Intentaba quitarse toda la cantidad de cabello de sus ojos y nariz, siendo ayudado por la chica, quien sonreía ante la torpeza de sus movimientos. Diana tomó el miembro del caballero en su mano y continuó frotándolo, mientras ella misma llevaba su mano hacia su vagina para introducir uno de sus dedos.

Había practicado un poco en el pasado mientras se masturbaba y fantaseaba con una escena similar, por lo que, sabía que debía hacer algo pronto antes de que la erección de Salvador cediera. Abrió sus piernas y se colocó justo en la posición que tantas veces había visto en películas y revistas, acercando el miembro del chico hacia la puerta de su vagina.

Poco a poco comenzó introducirlo mientras Salvador experimentaba toda la presión posible sobre su miembro. Diana sentía dolor, pero continuaba, ya que había leído que así debía ser. Después de algunos intentos fallidos, finalmente, Salvador había desflorado a la chica, quien había gemido finalmente con un acompañamiento de sus manos incrustándose en el pecho del joven, mientras este tenía todo su pene dentro de la cavidad vaginal de Diana.

Después de este primer proceso, la chica había roto la barrera que tanto temía, por lo que, comenzó a comportarse en función a los instintos salvajes que la dominaban. Ambos comenzaron a perder el pudor en función al avance de su encuentro, por lo que, todo se fue haciendo mucho más interesante con cada minuto. Salvador hace un esfuerzo increíble por no eyacular antes de tiempo, ya que sentía que estallaría en cualquier momento debido a la estimulación que le proporcionaba Diana con los movimientos de su cuerpo.

La chica se abrazaba al cuello de Salvador, mientras sus piernas hacían el balanceo necesario para hacer que sus glúteos chocaron contra Salvador. El pene del caballero entraba y salía una y otra vez, generando una fricción que guiaba a Diana Montenegro hacía una explosión descomunal de placer y goce. La pareja se turnaba para mantener la posición dominante, siendo Salvador el que tomó la iniciativa a la mitad del encuentro. Sostenía las manos de la chica para inmovilizarla mientras sus labios se unían con los de ella, penetrándola una y otra vez mientras su pelvis se frotaba contra el clítoris de la chica.

Diana experimentaba espasmos involuntarios que la llevaban una y otra vez hacia el límite del orgasmo, pero intentaba controlarse para extender el mayor tiempo posible la duración de su encuentro. Ambos jugaban con sus pies, y Diana sostenía al joven con sus manos justo sobre su rostro. Eventualmente sentía los bíceps del chico, quien eventualmente se ejercitaba con rutinas de entrenamiento que habían surtido algo de efecto.

El cabello de la chica se mantenía extendido sobre la cama de Salvador Aristeguieta, quien sabía que al día siguiente encontraría muchos restos de este cabello regado por todo lugar. Diana llevaba su cabeza tan atrás como podía mientras gemía. Un impulso eléctrico se comenzaba a generar en su vientre. Salvador le dio la vuelta a la chica, colocándola bocabajo sobre la cama.

Acto seguido se colocó justo detrás de ella, comenzando a penetrarla desde atrás, mientras disfrutaba de un espectáculo visual proporcionado por los glúteos de la chica. La penetraba una y otra vez mientras sus manos se

posaron sobre la cadera de la chica, quien gemía constantemente al no poder controlar más su llegada al orgasmo. El caballero finalmente logró que Diana obtuviera su dosis de placer, la cual explotó en un alarido que se escuchó en toda la casa.

Acto seguido, Salvador extrajo su erecto pene de las profundidades de la chica, y comenzó a masturbarse justo sobre los glúteos de Diana. Todos los fluidos del joven caballero fueron expulsados sobre la superficie de estos, algo completamente nuevo para la chica, quien no sabía con reaccionar ante esto. Había sido su primer encuentro, y sin duda había sido una experiencia increíble. Salvador había sido cuidadoso, aunque la torpeza no había brillado por su ausencia. La chica le dio acceso absoluto a su cuerpo, y este se sirvió de este a su gusto.

La conexión había sido plena, y a pesar de los niveles de vergüenza que se habían presentado al inicio, Salvador y Diana habían descubierto su sexualidad en un nivel superior a lo que antes habían imaginado. Era momento de descansar, por lo que se quedaron abrazados durante el resto de la noche, disfrutando de los roces nocturnos, mientras sus cuerpos se encontraban desnudos.

Mientras la pareja disfrutaba del descanso post coito, el padre de Diana Montenegro estaba a punto de enloquecer al no saber absolutamente nada de su hija después de las 6:00 de la tarde. Solía ser bastante comprensivo antes de la llegada de esta hora, pero tras pasar un minuto del límite, el caballero comenzaba a transformarse en un monstruo obsesivo y controlador. Había caminado toda la ciudad en busca de la chica, llamando a las casas de algunas de las amigas de Diana Montenegro, quienes no habían dado ninguna respuesta sólida acerca del paradero de la chica.

Diana había sabido cómo moverse ante el conocimiento de la personalidad su padre, por lo que, no había dejado rastro. Había ido hasta la secundaria donde estudiaba la chica, pero ya a esa hora no había nadie en el lugar, todos se habían ido a casa aquella tarde. Stefano había comenzado a pensar lo peor, ya que, una chica joven y solitaria en la ciudad de Nueva York, siempre podía ser presa fácil de cualquiera de los enfermos que vagaban por las calles, escudados tras una imagen gentil o amable.

No sería sino hasta después de una ardua búsqueda, que Stefano daría con un nombre que lo llevaría un paso cercano hacia el paradero de Diana

Montenegro. No podía simplemente quedarse con los brazos cruzados a esperar la aparición de la chica, por lo que, cuando dio con el nombre de Salvador Aristeguieta, Stefano Montenegro utilizó todos sus contactos e influencias para poder dar con el paradero y dirección de este chico.

El cuento de hadas de Salvador y Diana estaba por terminar, por lo que, a su encuentro solo le quedaban unas pocas horas. Diana había violado un código de confianza entre padre hija que pagaría más caro de lo que creía.

ACTO 3

Los errores se pagan caro

La preocupación de Stefano lo había desequilibrado completamente, llevándolo a comportarse como un completo demente. Había hecho todas las llamadas telefónicas posibles para dar con el paradero de su hija, hasta finalmente ubicar la residencia de un joven retraído llamado Salvador Aristeguieta. Poco se sabía de este chico, solo que era miembro del equipo olímpico del colegio, nada más.

Con esta poca información acerca de Salvador, Stefano estaba obligado a ubicarlo cuanto antes, por lo que, siendo las 3:00 de la mañana, no había podido cerrar un ojo a la espera de la aparición de Diana Montenegro. Había intentado comunicarse con un teléfono que le proporcionó una de las amigas de Diana, quien tenía vínculos indirectos con Salvador Aristeguieta, pero el teléfono nunca fue contestado.

Sonó continuamente durante un par de horas, pero, ni Salvador ni Diana se percataron del sonido del artefacto, por lo que, los niveles de estrés de Stefano aumentaban drásticamente con cada segundo que pasaba. Cuando los primeros rayos de luz entraron por la ventana de la residencia Montenegro, Salvador se hallaba descansando un par de horas en el sofá de la sala, levantándose rápidamente para tomar sus anteojos, su billetera y su móvil para disponerse a ir a esta dirección que le habían proporcionado durante la madrugada.

Había recibido indicaciones de que esperara al menos 12 horas desde la última vez que había visto a Diana, por lo que, siendo a las 7:00 de la mañana, Stefano contaba con todos los argumentos para poder ir hasta la casa de Salvador Aristeguieta a consultarle acerca de su hija. Salvador y Diana no se esperaban la llegada tan abrupta de aquel hombre descontrolado a la puerta de aquella casa.

Fuertes golpes amenazan con derribar la puerta, ya que, a pesar de no tener la certeza de que allí dentro estaba su hija, el corazón de padre le decía claramente que estaba en lo correcto. Un hombre molesto, con pocas horas de sueño y decepcionado, no era una buena combinación, por lo que, al escuchar

los fuertes golpes en la puerta, Salvador decidió despertar a Diana.

— Están tocando la puerta de una manera poco usual... Bajaré a abrir, trata de estar atenta. — Dijo Salvador.

En ese momento, la chica abrió sus ojos de manera abrupta, y salió de la cama para tomar del brazo a Salvador.

— Espera un minuto, no abras aún. — Dijo la chica mientras sujetaba a Salvador del antebrazo.

Acto seguido corrió hasta la ventana frontal, la cual daba directamente a la calle. Al asomarse, pudo ver el coche de su padre estacionado justo enfrente de la casa de Salvador Aristeguieta. Esto heló la sangre de Diana Montenegro, quien sintió que toda la casa se le había venido encima.

— ¡Es mi padre! — Dijo Diana, mientras llevaba las manos a su rostro acariciando sus sienes debido al fuerte dolor de cabeza que se le había sobrevenido en ese instante.

La chica estaba completamente desnuda, por lo que, corrió rápidamente a buscar sus ropas antes de que Salvador abandonara la habitación.

— ¿Tu padre? ¿Cómo demonios han llegado aquí? Esto está muy mal, muy mal. — Dijo Salvador mientras se ponía los zapatos de una manera nerviosa.

— Debí haber investigado durante toda la noche, cualquiera que conozca a mi padre, sabe que no se quedaría tranquilo hasta dar con mi paradero.

— Por favor, dime que no es un hombre agresivo. — Dijo Salvador, quien sentía que ese día moriría.

— Solo tienes que abrir la puerta y decir que no estoy aquí, controla tus nervios y no lo arruines. — Dijo Diana.

Ambos chicos estaban vestidos, y se disponían a bajar las escaleras, claro, Diana debía permanecer oculta mientras escuchaba las palabras de Salvador y Stefano. El joven chico descendía por las escaleras mientras sentía que sus piernas se desvanecían, ya que, sentía un terror increíble ante la posibilidad de enfrentarse a un padre molesto.

— ¡Sé que estás allí dentro, abre la puerta! — Dijo Stefano, mientras golpeaba con una fuerza aún más brutal la puerta.

Salvador volteó su rostro y observó a la chica, mientras hacía señas con su rostro de que no estaba preparado para abrir la puerta en ese instante. Diana respondió con un gesto que impulsaba a Salvador a darse prisa, agitando sus manos en dirección hacia la puerta. Salvador, al no ver otra opción, caminó rápidamente hacia la puerta de su casa y la abrió abruptamente.

— Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo? Lamento haberme tardado, me estaba duchando. — Dijo Salvador, ya que fue lo primero que se le ocurrió.

En ese instante, Stefano había perdido los estribos, ingresando a la residencia sin ni siquiera decir una sola palabra a Salvador.

— Oiga, no puede entrar así a mi casa. Llamaré a la policía. — Dijo Salvador mientras se apartaba para evitar el contacto con el hombre.

Stefano buscaba incansablemente algún rastro de su hija, una prenda de vestir, algo que le indicara que Diana Montenegro estaba allí. A pesar de que no quería encontrarla con aquel chico, su corazón rogaba que al menos apareciera en aquel lugar. Si se iba de allí sin haber encontrado a Diana Montenegro, sus posibilidades se habían terminado, no tendría más opciones que caer en una profunda depresión que lo destruiría muy pronto, ya que su hija era lo más importante que tenía.

— Lo lamento, estoy muy desesperado buscando a mi hija. Debes conocerla, van a la misma escuela. — Dijo Stefano mientras intentaba respirar profundamente y calmarse.

La actitud nerviosa de Salvador Aristeguieta era muy evidente, pero el chico no estaba listo para manejar una situación como esa, por lo que intentó controlar al hombre con palabras inseguras y torpes.

— Conozco muy pocas personas en el colegio. ¿Cuál es el nombre de su hija? — Preguntó Salvador.

Justo en ese instante, cuando Stefano se disponía a responderle al joven, quien parecía ser inocente, este pudo ver el bolso de Diana Montenegro tirado a un lado del mueble principal de la sala.

— ¡Te mataré, malnacido! — Dijo Stefano mientras se abalanzaba sobre Salvador.

El chico, quien poseía una condición física bastante buena, pudo evadir rápidamente al furioso hombre, pero no tenía demasiadas oportunidades ante

una segunda embestida.

— Diana Alicia Montenegro, sal de donde sea que te ocultes. ¡Iremos a casa ahora mismo! — Gritó Stefano mientras tomaba el bolso de la chica y pateaba una mesa de madera, lo que dejó caer una gran cantidad de fotografías al suelo.

Diana sentía un enorme terror al ver como su padre se estaba comportando, pero de alguna otra forma podría darle la razón, ya que su actitud no había sido la más leal. Salvador no había tenido más opción que salir corriendo de la casa, a pesar de haber actuado como un cobarde, debía preservar su vida, ante todo.

Lamentablemente, sería esta la última vez que vería a Diana Montenegro en mucho tiempo, ya que, al volver a su residencia, esperaba no encontrar ni a Diana ni al hombre allí. Finalmente, la chica salió de su escondite, mostrando un rostro vergüenza ante su padre que no dejaba lugar a las excusas o argumentos.

— No tengo la menor idea de por qué me has hecho esto, Diana. Por favor, espérame en el coche. — Dijo Stefano, mientras veía directamente a los ojos a su hija.

Diana le había proporcionado ciertas decepciones a su padre, como alguna calificación deficiente o algún disgusto hogareño, pero nunca había presenciado tal nivel de decepción en la mirada de aquel hombre. El dolor que transmitía a través de su mirada, reflejaba un corazón roto, devastado por la traición de la única persona en la que confiaba y a quien amaba profundamente. Salvador había causado un grave daño en la vida de Diana, pero no era su culpa.

Ambos habían sido víctima de sus deseos, y aunque habían disfrutado enormemente de su encuentro durante la noche anterior, las consecuencias serían nefastas. Stefano se tomó unos segundos para recuperar la calma, pero sentía que podría asesinar a Salvador Aristeguieta si lo tuviese enfrente. El hombre abandonó la residencia, cerrando la puerta con mucha violencia tras él, dirigiéndose a su coche para colocar las manos sobre el volante antes de encenderlo.

— Esto es algo que no te perdonaré, Diana. — Dijo Stefano mientras daba leves golpecillos con sus dedos al volante.

No tenía control absoluto de sus nervios en ese instante, por lo que, temblaba frenéticamente sin poder mantener la calma.

— Estoy muy avergonzada por lo que hice... Pero amo a ese chico. — Dijo Diana mientras lloraba desconsoladamente.

El calor del momento y las hormonas que habían tomado el control de su cuerpo el día anterior, no le habían dejado ver el nivel de gravedad de sus actos. No había usado protección durante su primer encuentro, arriesgándose a un embarazo que podría haber tirado a la basura todos sus planes futuros a nivel profesional.

Este era uno de los miedos más profundos de su padre, cuya única razón para existir era asegurar el futuro de su hija y protegerla. Ambas funciones de Stefano en la existencia de Diana Montenegro habían fallado, por lo que, el hombre se siente devastado.

— Por favor, vayamos a casa... Ya hablaremos de esto allá. Tienes que calmarte. — Dijo la chica.

En ese punto Diana no tenía la menor idea de donde se encontraba Salvador en ese instante, pues lo único importante en ese momento es regresarle la calma a su padre. Salvador había corrido tres calles abajo, ocultándose en el jardín de una de las residencias, mientras todo el desastre volvía a la calma.

Stefano encendió el coche y lo puso en marcha, conduciendo a toda velocidad en dirección a su casa. Diana abrochaba el cinturón de seguridad rápidamente, ya que no sabía en que terminaría aquella noche. Por fortuna, nada grave había acontecido a la pareja de padre e hija, ambos llegaron a la residencia, pero las palabras no eran algo que pudiesen aliviar el corazón herido de aquel padre, quien entró a la casa y se encerró en su habitación sin decir una sola palabra.

Diana hizo exactamente lo mismo, aunque no pudo dormir en toda la noche pensando en cuál habría sido el destino de Salvador después de huir de la casa. Al día siguiente todo debía tomar un nuevo curso, el cual era incierto para Diana Montenegro. Durante toda la noche, Stefano se mantuvo fumando un cigarrillo tras otro, meditando cuál sería la mejor opción a tomar para poder asegurar el futuro de su hija.

Debía esperar a que la naturaleza se manifestara, descartando un posible

embarazo tras el encuentro entre Diana y Salvador. Si no había habido consecuencias tras el acto, Stefano tomaría medidas drásticas con respecto al futuro de Diana Montenegro.

Tras su segunda noche sin dormir, Stefano Montenegro había llegado a una conclusión al amanecer de aquel día. De pronto, entró a la habitación de la chica, quien recién había podido conciliar un sueño hacía unos 45 minutos.

— Levántate y vístete. Nos iremos en media hora. — Dijo Stefano sin dar demasiados detalles.

En sus manos llevaba una maleta, en la cual iba introduciendo algunas prendas de vestir de la chica seleccionadas de manera casi aleatoria. Diana apenas se reincorporaba, por lo que se encontraba un poco confundida.

— ¿A dónde iremos? — Preguntó la chica con algo de miedo.

— No tengo porque darte explicaciones. Ya te di una orden... Vístete. — Dijo Stefano sin ni siquiera ver a la chica.

— No puedes tratarme como una niña, necesito saber qué es lo que vas hacer. — Dijo Diana.

La paciencia de Stefano no estaba en sus mejores niveles de tolerancia, por lo que, la actitud de aquella chica no le dejaba otra opción que comportarse como un patán.

— Tienes razón, ya no eres una niña. Te acostaste con el primer imbécil que te convenció para hacerlo. Pero ahora haremos las cosas a mi modo. — Dijo Stefano mientras tiraba la maleta al suelo.

Estas palabras hirieron enormemente a Diana, quien no se había ido a la cama con cualquier chico. Había tenido una larga relación oculta y había evaluado todos los detalles para poder acostarse con Salvador Aristeguieta. El hecho de que su padre la subestimara de aquella forma, era mucho más doloroso que cualquier daño físico o agresión que hubiese recibido en ese momento.

— No iré a ningún lado, no puedes obligarme. — Dijo Diana mientras se acostaba nuevamente en su cama.

— Si vas a comportarte como una niña, así te trataré. Así tenga que llevarte arrastrada hasta el coche, nos iremos en media hora. — Dijo Stefano

antes de abandonar la habitación.

La chica podía asumir una actitud rebelde, pero sabía perfectamente que eso no daría resultados. Conocía la personalidad de su padre y, de cualquier modo, no importa cuando lo intentara, se harían las cosas según las planteara Stefano Montenegro. Diana había cometido un grave error, y ahora debía pagar las consecuencias del mismo, si quería obtener cierta benevolencia por parte de Stefano Montenegro, debía colaborar con él, ponerse en su contra solo empeoraría las cosas.

Pero lo cierto era que no había una estrategia válida que hiciera a Stefano Montenegro desistir de la idea que había meditado durante la noche. Su intención era internar a Diana Montenegro en un colegio de monjas, donde no tendría acceso a chicos durante mucho tiempo. Esto le daría la posibilidad de ingresar a una universidad muy pronto, manteniéndola aislada absolutamente de cualquier amenaza masculina.

Diana sería trasladada fuera de la ciudad de Nueva York, por lo que, viajarían a Filadelfia, donde se conocía uno de los colegios más estrictos en Princeton. A pesar de toda la colaboración ofrecida por Diana, para evitar que su padre tomara esta decisión, todo ya estaba dicho. Durante todo el camino hacia Princeton, la chica no dejó de llorar en ningún momento, ya que debía olvidarse por un tiempo, o quizás para siempre del único chico al que había amado en toda su vida.

No había tenido oportunidad de despedirse de sus amigos, mucho menos de Salvador Aristeguieta, quien tras volver a casa aquel día, sintió un vacío enorme al saber que aquella chica que había amado tan intensamente le había sido arrebatada drásticamente por el padre de ella. Había salido airoso de aquella situación, ya que, el padre de Diana no había tomado una actitud agresiva en su contra, pero hubiese preferido 1000 veces recibir tres puñetazos en el rostro y conservar a Diana, que perderla para siempre.

Una semana más tarde, Diana Montenegro ya estaba instalada en el colegio de monjas de Princeton, completamente sola y aislada del mundo que conocía. Un largo periodo de tristeza y desolación llegaría a la vida de la chica, quien había comenzado la transformación hacia una mujer completamente diferente. Diana nunca pudo evitar desarrollar un profundo rencor hacia su padre, quien le había arrebatado la felicidad de aquel nuevo amor que recién llegaba a su vida.

ACTO 4

Tentación peligrosa

Después de seis años, ni Salvador ni Diana habían sabido absolutamente nada del otro. La chica había acudido a la escuela de medicina de la Universidad de Filadelfia, enfocándose absolutamente en sus estudios durante todo este tiempo. Era evidente que regularmente llegaba a su mente el recuerdo de Salvador Aristeguieta durante algunas noches, pero no había forma de establecer contacto con aquel joven que había enamorado profundamente a Diana Montenegro.

Stefano se había encargado de crear una cerca alrededor de Diana, aislándola completamente del mundo que conocía en Nueva York. Mientras la chica se encontraba en Filadelfia, no había forma de que esta perdiera el norte nuevamente. Por otra parte, Salvador Aristeguieta había decidido enfocar toda su atención en los negocios. Sus padres habían enviado al joven talentoso a la escuela más importante de los Estados Unidos, por lo que, pronto se convertiría en un tiburón del mundo empresarial, amasando una fortuna en muy poco tiempo.

Con solo 24 años de edad, Salvador Aristeguieta podía codearse con los hombres más poderosos del país, ya que había contado con importantes mentores que habían guiado su carrera directamente hacia la cúspide. Aquel joven retraído y tímido que había crecido en la ciudad de Nueva York, se había transformado en un lobo, dispuesto a devorar a quien se atravesara en su camino o se interpusiera en sus objetivos. La mirada de Salvador Aristeguieta había cambiado, se encontraba llena de intensidad y cierta maldad, algo que resultaba cautivador y atractivo para la mayoría de las mujeres.

Siempre solía ir en traje negro, camisa blanca y corbata negra, con ropa de diseñador que se ajustaba perfectamente a su atlético cuerpo. Cuando no se encontraba en la mesa acompañado de importantes empresarios, cerrando alguna negociación, Salvador Aristeguieta invertía mucho tiempo en el gimnasio, entrenando su cuerpo para intentar drenar la tensión acumulada durante el día. El joven chico de ojos verdes, había logrado construir un cuerpo definido y fuerte, tan fuerte como su espíritu y sus ganas de devorar al mundo de un solo bocado.

Contando con su propia oficina en uno de los edificios más imponentes de la ciudad de Nueva York, este tenía una vista perfecta desde la ventana hacia toda la ciudad, desde donde solía recordar, en algunas oportunidades el nombre de Diana Montenegro, mientras cerraba sus ojos para graficar el rostro de la chica en su imaginación. Había tenido muy pocas posibilidades en el pasado con otras chicas, pero desde que se convirtió en una celebridad, las mujeres comenzaron a llover en su cama una tras otra.

Era inestable emocionalmente, ya que no encontraba absolutamente nada que pudiese llenar el vacío que una vez le había producido el padre de Diana al arrancársela de los brazos. La sensación de que tarde o temprano volvería a tenerla a su lado, había comenzado a desaparecer progresivamente con el pasar de los años. Mientras se encuentra en su oficina viendo a través de la ventana en un breve receso, Salvador intenta desconectarse del mundo que lo rodea para viajar nuevamente a aquellos recuerdos que tanto endulzaban su vida.

No tenía demasiados momentos para sí mismo, ya que era uno de los empresarios jóvenes más cotizados de la ciudad, así que, era interrumpido con mucha frecuencia. Su cabeza se encuentra recostada contra el espaldar de la silla de cuero genuino ubicada en su oficina, cuando escucha el intercomunicador ubicado sobre el escritorio. Utiliza su dedo para habilitar el artefacto, escuchando la voz femenina de su asistente.

— La señorita Alma Zurbarán está aquí para la reunión. — Dijo una voz aguda femenina.

— Hazla pasar, la estoy esperando. — Dijo Salvador antes de acomodar rápidamente su traje.

La puerta se abrió, mostrando a la asistente del empresario, quien entró acompañada de una mujer espectacular, la cual llevaba un vestido ejecutivo hasta las rodillas de color negro. A pesar de que intentaba parecer elegante, el vestido estaba tan ajustado que podía definir la ardiente figura de aquella mujer.

Salvador intentó ser discreto, pero el apetito por devorar aquella carne, no podía contenerse demasiado tiempo. La chica caminó directamente hacia el escritorio de Salvador, pon un paso firme y constante. El caballero se puso de pie y esperó a que la mujer llegara hasta la silla en donde tomaría asiento para

mantener aquella reunión.

— Bienvenida, Alma. Toma asiento... — Dijo Salvador mientras estrechaba la mano de la mujer de ojos color ámbar.

— Muy bonito tu traje, siempre tan elegante y espectacular como siempre. — Dijo Alma Zurbarán antes de tomar asiento.

El escote de la chica, se robó la mirada de Salvador por unos segundos, lo cual fue notado por la chica, quien había escogido aquella ropa con toda la intención de despertar el interés de Salvador. Era una mujer mucho mayor que aquel joven empresario, pero su apetito por carne fresca, siempre la había llevado de una cama a otra en busca del amante perfecto. Con sus 32 años, la mujer lucía una figura espectacular, con muslos sólidos y glúteos voluminosos que pedían a gritos ser sujetados por las manos de Salvador.

— He aprovechado que estoy en la ciudad para venir a visitarte. Las negociaciones de hace unos meses han dado frutos impresionantes. — Dijo Alma, mientras se apoyaba con sus codos en el escritorio de Salvador.

Este movimiento permitió que el joven tuviese una vista mucho más definida de los senos de la chica, por lo que, sabía perfectamente que la razones por las cuales Alma se encontraba en aquel lugar no era precisamente para agradecer las negociaciones.

— Siempre tengo éxito en todo lo que me propongo. — Dijo Salvador mientras se apoyaba en el espaldar de la silla.

— De eso no tengo duda, eres un hombre con mucho talento. Me imagino que en todo ese tiempo habrás dado con alguna afortunada que se gane tu corazón. — Comentó la chica.

— Soy del tipo solitario, me gusta tener tiempo para mí. — Dijo Salvador mientras sonreía.

Era un juego de miradas, ya que ninguno de los dos estaba dispuesto a mostrar debilidad. Salvador mantenía sus ojos verdes fijos en los ojos de la chica, mientras esta se paseaba de manera periódica desde los labios del caballero hacia sus ojos.

— Y, ¿a qué se debe esta agradable visita? — Dijo Salvador.

El caballero se puso de pie y caminó hasta un bar ubicado en el fondo de

la oficina, donde se dispuso a servir dos copas con vino.

— No necesito ninguna razón en especial para venir a verte. Eso lo sabes perfectamente. — Dijo Alma, mientras se volteaba para detallar el cuerpo del joven.

Salvador caminó directamente hacia la chica llevando dos copas con vino tinto en sus manos, le entregó una a Alma mientras extendía la suya para brindar. Los dos objetos de cristal chocaron suavemente, mientras la chica llevaba la copa hacia sus labios para humedecerlos con el delicioso fluido.

No era la primera vez que aquellos dos personajes habían tenido contacto, ya que, en el pasado, posteriormente a la finalización de las negociaciones, habían llevado a cabo una celebración que terminó en la cama del departamento de Salvador Aristeguieta. Tras aquel episodio fortuito y muy agradable para ambos, no se habían vuelto a ver en meses.

Al parecer, Alma Zurbarán había quedado con un apetito voraz por volver a comer de la carne de Salvador Aristeguieta, por lo que, su presencia en aquella oficina representaba algo más que una simple visita de amistad. La chica colocó la copa sobre el escritorio, poniéndose de pie para acercarse al cuerpo de Salvador. El caballero retrocedió unos pasos y caminó directamente hacia la puerta de su oficina.

Colocó el seguro y volvió nuevamente con un paso apresurado para tomar a Alma entre sus manos. El caballero besó intensamente a la mujer, la cual no dudó un solo segundo en arrebatarse la chaqueta al joven empresario. Acto seguido se dirigió a su corbata, arrancándola casi instantáneamente. Alma era una mujer de cabello oscuro, con facciones europeas y unos labios muy gruesos, con un color de piel blanco como la porcelana.

Salvador sentía un enorme placer al degustar estos besos, que devoraban una y otra vez su boca. Las manos del caballero fueron directamente hacia la falda de la chica, levantándola hasta la cintura, para posteriormente bajar la ropa interior de Alma. Aquella mujer estaba allí con un único propósito, y este se estaba desarrollando justo en ese instante.

— Te extrañaba... Quería sentir tu aroma una vez más. — Susurró Alma, mientras llevaba su nariz hacia el cuello de Salvador Aristeguieta.

El caballero no respondía a ninguna de las palabras de la chica, simplemente se dedicaba a actuar. Bajó la cremallera de su pantalón y extrajo

su pene sin quitarse el pantalón. Llevó a la mujer hacia su escritorio, separando sus piernas para penetrarla agresivamente sin juego previo. Era justo de esa forma que a Alma Zurbarán le gustaban aquellos encuentros, dicho por las propias palabras de ella. Se aburría de los hombres cariñosos, no le gustaba la ternura, quería ir al grano y experimentar la ardiente sensualidad de aquel joven que irradiaba una seguridad y un ego seductor.

Alma sentía como el joven empresario entraba una y otra vez en ella, mientras los dedos de la chica rasgaban la espalda del caballero con sus largas uñas. Las manos de Salvador sujetaban a la chica por la cintura, mientras las piernas de esta rodeaban el cuerpo del caballero. Tenía piernas gruesas y muy bien formadas, por lo que, utilizaba toda su fuerza para ayudar al caballero en medio de las penetraciones.

La ropa interior blanca de Alma Zurbarán había caído al suelo, y poco a poco las prendas de vestir comenzaban a hacerse menos útiles en la escena. La chica decidió abrir agresivamente la camisa de Salvador, arrancando dos o tres botones de esta. El caballero no le dio importancia a esto, y disfrutaba de los besos de la chica, los cuales se desplazaron rápidamente hacia su pecho.

La lengua de Alma Zurbarán se deslizaba recorriendo desde el mentón del caballero hasta su abdomen, mientras este hacía una pausa para disfrutar de los movimientos de aquella ardiente mujer. Parecía que Alma no había tenido acción en todo ese tiempo, guardando su cuerpo única y exclusivamente para Salvador Aristeguieta. El joven empresario sentía una enorme debilidad por las mujeres mayores, ya que estas eran las que habían sucumbido ante los encantos del joven y le habían mostrado como debía actuar y comportarse para ser el mejor amante.

Detestaba los juegos previos, la ternura y el extender innecesariamente lo que ambos personajes buscaban. Alma Zurbarán era de este tipo de mujer, quien llegaba al lugar, obtenía lo que quería y se marchaba sin demasiadas complicaciones. En ese instante, la chica ya se había deshecho de su camisa, quedando en sujetador, mientras sus manos sujetaban en el cuello de Salvador Aristeguieta.

La mujer se movía a un ritmo desenfrenado mientras la fricción de la mesa contra el suelo comenzaba generar ruidos sospechosos que fueron percibidos por la asistente de Salvador Aristeguieta. La chica se comunicó a través del intercomunicador, asegurándose de que todo estuviese en orden.

— ¿Está todo bien allí dentro? — Preguntó la asistente personal de Salvador.

Salvador llevó su mano hasta el intercomunicador y se dirigió hacia su asistente.

— Todo está bien, parece que tenemos ratones aquí dentro. — Dijo el empresario.

— ¿Desea que envíe algún personal de mantenimiento? — Respondió la joven.

— No, yo me encargaré de esto. — Respondió el nervioso Salvador antes de culminar la llamada.

Mientras el caballero había interrumpido brevemente aquel acto, Alma había tomado la determinación de controlar a su amante, poniéndose de rodillas justo frente a él. Comenzó a lamer suavemente la superficie del glande de Salvador Aristeguieta, mientras este sujetaba la cabeza de la mujer para empujarla levemente cada vez más profundo su miembro hacia su garganta.

Si había algo que no había podido olvidar de aquella mujer, eran sus habilidades con el sexo oral, por lo que, disfruta enormemente de haberse reencontrado con ella. Aquella mujer parecía ser adicta al semen, por lo que, frota de una manera brutal el pene de Salvador para extraer hasta la última gota de fluido. El caballero comienza a retorcerse mientras la mujer degusta del fluido espeso y blanco que comienza a derramarse por los laterales de su boca. Las gotas caen al suelo, pero gran parte del fluido es ingerido por la lujuriosa mujer.

Tras limpiarse los recibos de semen que habían quedado alrededor de su boca, Alma Zurbarán había quedado completamente satisfecha y su visita había terminado.

— Ha sido un placer volver a verte, querido. — Dijo la chica antes de acercarse al caballero, y proporcionarle un profundo beso en sus labios.

Salvador hacía lo posible por acomodar su traje para no levantar sospechas, aunque sería difícil disimular los botones que habían sido arrancados por la lujuriosa mujer.

— Espero verte pronto de nuevo. Me ha encantado tu visita. — Respondió Salvador.

La mujer abandonó la oficina, dejando a Salvador exhausto, quien se dejó caer en su silla presidencial, donde descansó por al menos unos 15 minutos sin ser interrumpido. El resto de la tarde fue completamente un caos para Salvador, ya que, debía mantener una reunión tras otra, mientras lo único que había en su cabeza era la imagen de Alma Zurbarán devorando su miembro e ingiriendo sus fluidos. Lo había afectado enormemente aquella visita, dejándolo con ganas demás.

Al final de la tarde, no resistiría la tentación de volver a encontrarse con aquella mujer, por lo que, la visitó en el hotel donde se estaba hospedando en la ciudad de Nueva York. Fue una noche de excesos, donde el licor, las drogas y la lujuria habían sido los tres elementos principales para la diversión. Pero, Salvador había cometido un grave error, y había decidido abandonar el hotel conduciendo su deportivo de color rojo hasta su departamento. Alma Zurbarán estaba tan ebria y desconectada, que no había notado el estado de ebriedad en el que se encontraba Salvador antes de irse.

El joven empresario, quien apenas podía caminar, había llegado con mucha dificultad hasta su coche, encendiéndolo y poniéndolo en marcha de una manera salvaje. Iba por la carretera como un completo demente, sin tener control de sus movimientos solo quería llegar a casa y colocar su cabeza en la almohada, pero su forma de conducir a toda velocidad, estaba llevándolo a un posible descanso eterno.

Lo último que escucharía aquella noche sería el sonido de una bocina. Al intentar adelantar a uno de los vehículos ubicados delante de él en la carretera, Salvador se encontró con un coche en sentido contrario. No tuvo tiempo de reaccionar, el impacto fue tan fuerte, que la frente del joven empresario había desecho todo el vidrio frontal del vehículo deportivo.

La sangre había tapizado todo el tablero del coche, mientras que los signos vitales de Salvador habían disminuido drásticamente. En medio de la noche, una bocina permanece sonando, y aunque Salvador no es una de las víctimas fatales, está más cerca de la muerte que de la vida.

ACTO 5

Obstáculos en el camino

El cuerpo de Salvador había sido trasladado a la sala de emergencias de forma rápida y precisa. No había tiempo que perder, el accidente había sido muy grave y las heridas en su cabeza le había generado una continua pérdida de sangre que amenazaba con hacerlo caer en shock. Todos hacían espacio en los pasillos del Hospital General de Nueva York, mientras los doctores de turno, hacían lo posible por estabilizar los signos de Salvador Aristeguieta.

Después de largas horas de cirugía, Salvador había logrado sobrevivir al siniestro, pero aún se encontraba inconsciente. Los doctores habían hecho todo lo posible por mantenerlo con vida, pero ya de ahí en adelante todo quedaba en manos de Salvador. El hombre tenía un espíritu y una fortaleza admirable, por lo que, sobrevivir a este accidente no sería absolutamente ningún esfuerzo para un hombre que se había forjado a punta de disciplina y sacrificio. Irónicamente, las manos que habían salvado a Salvador, eran las manos de una chica muy familiar para él.

Diana Montenegro había llegado a la ciudad hacía un par de días, ya que había sido trasladada desde Filadelfia al Hospital General de Nueva York. Con apenas 48 horas de encontrarse laborando en aquel lugar, había tenido que atender algunas de las emergencias más críticas que había tenido que afrontar en toda su carrera. Entre estas se había encontrado el accidente en el que se vio vinculado Salvador Aristeguieta. Al principio, no había reconocido al sujeto, debido a la gran cantidad de sangre que cubría el rostro de Salvador.

Cuando llegó a la sala de emergencias, lo primero que hicieron fue estabilizar sus signos vitales, por lo que, Diana Montenegro hacía su trabajo de manera objetiva sin tener información adicional de aquel hombre. Había visto la cruz de plata en el pecho del sujeto, la cual le resultó bastante familiar. Aun así, no logró crear un vínculo con nadie cercano.

El asistente de Diana Montenegro comenzó a dar información acerca del paciente, fue entonces cuando escuchó el nombre de Salvador Aristeguieta. Un escalofrío recorrió completamente el cuerpo de aquella mujer. No era posible que el destino la hubiese llevado nuevamente a los brazos de Salvador

Aristeguieta, quien se encontraba en un estado de gravedad muy lamentable.

La joven doctora había dado todo de sí para poder salvar a Salvador, poniendo a prueba todos sus conocimientos y la experiencia que había acumulado durante sus años en Filadelfia. Diana Montenegro era una virtuosa de la medicina, había logrado conseguir el reconocimiento a nivel nacional, por lo que, su presencia en la ciudad de Nueva York era determinante. Fue trasladada con las condiciones de una mejoría considerable en su salario y comodidades adaptadas a sus exigencias, ya que, sabía que Nueva York traería recuerdos a su vida que no deseaba revivir.

Se había abocado casi absolutamente a su trabajo, manteniendo la mente ocupada y su enfoque absoluto en sus pacientes, pero las vueltas del destino la habían ubicado justo en donde debía estar, frente a Salvador Aristeguieta. El caballero había estado inconsciente por más de seis días continuos, con signos vitales estables pero que, aún se mantenían bajo observación ante una posible recaída. Las heridas que había sufrido Salvador Aristeguieta eran suficientes como para que hubiese muerto en el impacto, pero una fuerza sobrenatural parecía haberlo mantenido con vida para que este se encontrara una vez más con Diana Montenegro.

La mujer había dejado todo su sudor y esfuerzo en la labor de mantener aquel joven que la había enamorado años atrás con vida, pero ya era cuestión de tiempo para determinar si Salvador Aristeguieta volvería ser el mismo o no. 100% independiente, y viviendo en su propio departamento, Diana Montenegro no tendría que rendirle cuentas ni a su padre ni absolutamente nadie de lo que hiciera con su vida, por lo que, su mente se llena de preguntas al imaginarse si habrá una posibilidad de poder estar con Salvador Aristeguieta nuevamente.

Hasta el momento ni siquiera sabe si el joven vivirá, pero sus oraciones se mantienen constantes al dejar la vida de Salvador Aristeguieta en las manos a un ente superior, ya que ella ha hecho todo lo posible. La evolución del joven empresario había sido efectiva, y después de una semana de no abrir los ojos, finalmente, Salvador Aristeguieta recobró la conciencia. Sus ojos se encontraron con una habitación blanca llena de luces y monitores, los cuales daban muestra de sus signos vitales constantemente. No podía recordar absolutamente nada de lo que había ocurrido, ni las razones por las cuales se encontraba allí.

Ante el terror de no poder moverse, Salvador Aristeguieta experimentó un incremento en su ritmo cardíaco, lo que disparó las alertas de las enfermeras. Un equipo de médicos se dirigió hacia la habitación de Salvador Aristeguieta, estando entre ellos la joven Diana Montenegro, quien cubría su rostro con una máscara quirúrgica. Hasta ese momento, Salvador no había identificado absolutamente nadie de las personas que lo rodeaban, recibiendo algunos sedantes para que volviera otra vez a la calma.

Justo un segundo antes de que volviera a quedarse dormido, Diana Montenegro quitó la máscara de su rostro, descubriendo aquella figura angelical que tantas veces había recordado Salvador Aristeguieta. Antes de perder la conciencia, Salvador pensó que se trataba de una alucinación y que había representado el rostro de Diana Montenegro en alguna de aquellas enfermeras. Se quedaría dormido aproximadamente 24 horas continuas, ya que su cuerpo se encontraba realmente débil.

Las guardias de Diana Montenegro habían sido continuas, por lo que, ella también había sentido los embates de la falta de sueño. Apenas y dormía dos horas a diario, intentando estar atenta al momento en que Salvador Fernández despertara. Había tenido la fortuna de encontrarse en aquel lugar justo en el momento en el caballero recuperó la consciencia, pero ante el miedo que experimentó el caballero, tuvo que girar instrucciones de que fuese sedado nuevamente.

Esto daría la posibilidad a la chica de volver a casa y descansar unas cuantas horas, lo que le permitiría estar mucho más recuperada anímicamente al momento de reencontrarse con Salvador Aristeguieta en una conversación. Mientras Diana Montenegro se encontraba en su departamento, Salvador Aristeguieta abrió los ojos súbitamente durante las horas de la mañana. Apenas y podía mover sus dedos sin experimentar un dolor infernal.

Movió sus ojos de un lado a otro intentando reconocer el lugar, ya que pensaba que lo que había ocurrido la última vez que despertó había sido un sueño o una pesadilla. Al darse cuenta de la cantidad de cables y tubos que lo rodeaban, se dio cuenta de que estaba en la peor situación que jamás hubiese tenido que enfrentar.

Aquella sensación de poder que siempre había experimentado y que no podría ser tocado por el dedo de Dios, había desaparecido totalmente. Salvador Aristeguieta ahora se encontraba completamente vulnerable

dependiendo únicamente de las manos del equipo de médicos y aparatos tecnológicos que lo mantenían con vida. No pudo evitar cerrar sus ojos, de los cuales salieron algunas lágrimas de desesperación, ya que no sabía cómo manejarse en medio de tan terrible escena.

Nuevamente su ritmo cardíaco se disparó, pero esta vez podría ser controlado sin necesidad de los sedantes. Dos enfermeras aparecieron en la habitación, las cuales retiraron algunos de los implementos que ayudaban a Salvador a respirar artificialmente. Al ver que el joven podía mantener un ritmo estable en su respiración, decidieron dejarlo de esta forma.

— ¿En dónde estoy? — Preguntó Salvador con una voz muy débil.

— Estás en el Hospital General de Nueva York. Sufriste un accidente hace más de una semana, sobreviviste gracias a un milagro. — Dijo una joven chica mientras ajustaba alguno de los equipos.

— ¿Podré volver a caminar? No puedo moverme. — Dijo Salvador con sus ojos llenos de lágrimas.

— Sí, la mayor parte del daño la sufriste en la cabeza, tu columna y tus extremidades están bien en su mayoría, solo hematomas. Realmente tuviste suerte. — Dijo la chica.

— ¿Y por qué no puedo mover un maldito músculo? — Dijo el frustrado Salvador.

— Hemos administrado una gran cantidad de sedantes para evitar el dolor, esto no te permite sentir la mayoría de tus músculos, créeme, es mejor así. — Dijo la chica con una voz muy tranquila.

En ese momento, Salvador recordó la última escena antes de quedar inconsciente nuevamente. El rostro de Diana Montenegro volvió a su cabeza, por lo que, se vio tentado a preguntarle a alguna de las chicas si aquella mujer realmente había estado allí.

— La última vez que desperté, había una mujer. Su nombre es Diana Montenegro. ¿Realmente estaba aquí o lo soñé? — Preguntó Salvador.

— Es la Médico Cirujano más importante que tenemos en este momento en el hospital. Justo ahora está en casa descansando. Volverá a las horas de la tarde. — Respondió la enfermera.

Salvador sonrió enormemente, como si por un momento hubiese olvidado absolutamente todo por lo que estaba pasando. Sus heridas y las condiciones de salud en la que se encontraba perdieron importancia ante la posibilidad de volverse a encontrar con Diana Montenegro.

— Médico Cirujano... Interesante. — Susurró Salvador.

— ¿Ha dicho algo? — Dijo la chica.

— No, solo pensé en voz alta, gracias por la información. — Dijo Salvador antes de cerrar los ojos e intentar descansar nuevamente.

Diana había logrado conseguir descansar. Un profundo sueño de más de 12 horas le había proporcionado el descanso necesario para recuperar sus energías. Su desgaste era evidente, ya que su rostro mostraba claros signos de agotamiento. Pero a pesar de esto, el hecho de volverse a encontrar con Salvador Aristeguieta le había regresado algo que había perdido en el pasado.

No sabía exactamente cuál era aquella sensación, pero era una especie de felicidad que le había sido arrebatada muchos años atrás, la cual estaba creciendo nuevamente en su pecho. pero no podía permitirse comportarse como una niña enamoradiza e inocente, ya que todo el sufrimiento que había experimentado en el pasado, había dejado cicatrices profundas que aún no habían sanado.

Diana Montenegro no era la misma chica inocente e ingenua que cualquiera podía controlar y dominar, tal como lo hacía su padre. No podía ilusionarse con Salvador Aristeguieta, ni siquiera había cruzado palabras con él. No tenía la menor idea de si había alguien en la vida del joven, mucho menos si este estaría interesado en volver a tener contacto con ella, aunque moría porque fuese así.

Había pasado mucho tiempo desde que Diana Montenegro había utilizado maquillaje, ya que nunca estaba interesada en captar la atención de los hombres. Aquella tarde, debido a su posible reencuentro con Salvador Aristeguieta, aquella joven doctora decidió colocar algunos retoques en su rostro, los cuales la harían lucir espectacular ante su reencuentro con su antiguo amor.

Diana se había mantenido atenta durante toda la tarde al estado de salud de Salvador Aristeguieta, monitoreando a través de su teléfono móvil, como iba la evolución del paciente. Nadie en aquel hospital sabía cuál era el vínculo

existente entre aquella chica y Salvador Aristeguieta, ya que, era un secreto entre ellos dos. Lista para salir hacia el Hospital, la chica había arreglado su cabello y su rostro para tener el mejor aspecto al volver a ver a Salvador Aristeguieta, dirigiéndose hacia su coche para conducir hacia el Hospital General de Nueva York.

Su corazón estaba repleto de esperanzas y expectativas ante la posibilidad de volver a ver y conversar con Salvador, aunque no sabía cómo reaccionaría este al tenerla cerca. Diana camina por los pasillos del hospital mientras se dirige a la habitación en donde se encuentra Salvador Aristeguieta, pero su sorpresa sería incalculable al momento de entrar a la habitación y encontrar a una mujer sosteniendo la mano de Salvador Aristeguieta. Alma Zurbarán, quien se había enterado del accidente de Salvador Aristeguieta, había decidido ir a visitar a su joven amante, quien contaba con un lugar muy especial en su vida.

El chico no había despertado aún, pero esto no lo sabía Diana Montenegro. La joven doctora ingresó a la habitación haciendo un poco de ruido al abrir la puerta. Por lo que, la madura mujer se dio media vuelta para visualizar quien había llegado al lugar.

— Buenas tardes, lamento molestar. — Dijo Diana Montenegro al sentir un vacío enorme cuando sus ojos vieron como aquella mujer sostenía la mano de Salvador Aristeguieta.

Desde su ubicación, Diana no podía visualizar el rostro del paciente, por lo que, no se dio cuenta que Salvador se encontraba profundamente dormido. Se sintió muy tonta al haberse hecho ilusiones con aquel joven, quien, al ser tan apuesto e interesante, seguramente tendría un arsenal de mujeres detrás de él.

— Oh, es usted la doctora de Salvador... ¿No hay problema en que esté aquí? — Dijo Alma.

— No, para nada. Solo venía a... Bueno, no importa, volveré después. — Dijo Diana Montenegro antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

Su inseguridad dejó completamente desconcertada a Alma Zurbarán, quien no dio importancia a la joven doctora y continuó acariciando la mano de Salvador mientras este se encontraba dormido. Diana no pudo evitar dar un último vistazo a la escena antes de salir de la habitación, ya que, esto le había

generado unos celos increíbles que no podía controlar. Al salir de allí, se dirigió directamente a su oficina en donde se encerró a llorar durante algunos minutos.

Todas las ilusiones que habían crecido en su corazón mientras encontraba su departamento, se habían derrumbado en un solo segundo al ver la escena de Salvador Aristeguieta con aquella mujer. Su vida había sido completamente monótona y rutinaria durante los últimos años, por lo que, la nueva aparición de Salvador Aristeguieta en su vida, había comenzado a generar estragos desde el primer segundo. Se encuentra en una situación en la que debe elegir cuál de los dos caminos seguir.

Uno de ellos la guiará hacia una zona de confort donde mantendrá el ritmo de su vida actual, sin altos ni bajos, por la vía segura. El otro camino la puede llevar a recuperar a Salvador Aristeguieta, pero este se encuentra lleno de episodios inciertos que podrían resultar en un dolor muy agudo. Siente un terror increíble ante la posibilidad de tomar una decisión errada, pero está segura de que se tomará su tiempo antes de decidir.

Tras despertar y encontrarse con el rostro de Alma, Salvador sintió algo de decepción, ya que, aunque ha estado dormido, no ha dejado ir la idea de que Diana Montenegro se encuentra cerca de él.

— Alma... Gracias por venir a verme. — Dijo Salvador.

— Lamento mucho que hayas pasado por todo esto. Pero ahora me tienes aquí para consentirte. — Dijo la mujer mientras pasaba su mano por la frente del caballero.

— Gracias. ¿Sabes si ha venido mi médico? — Preguntó el ansioso Salvador.

— Sí, hace algunos minutos estuvo aquí una mujer joven. Debió ser ella. — Respondió Alma sin sospechar de quien estaban hablando.

Salvador se ve tentado a salir de la cama e ir a buscar a su antigua novia por sus propios medios, pero en su estado de debilidad, ni siquiera puede mover un brazo.

— ¿Podrías decirle que venga? — Le solicita Salvador a Alma.

— ¿Por qué? ¿Te sientes mal? — Responde la preocupada mujer.

— Solo ve por ella... — Respondió el joven millonario antes de cerrar sus ojos.

Finalmente, el momento del encuentro se acercaba, aunque Salvador Aristeguieta siente una gran cantidad de nervios al no tener idea de cómo enfrentar a Diana Montenegro después de tantos años de ausencia.

ACTO 6

Las manos milagrosas de Diana

Alma Zurbarán se había encargado de obedecer los requerimientos de Salvador Aristeguieta, yendo hasta la oficina de Diana Montenegro para solicitar su presencia en la habitación de Salvador. No tenía la menor sospecha de que Salvador Aristeguieta tuviese un fuerte vínculo del pasado con Diana Montenegro, y aunque sus intenciones no eran definitivas, el caballero tenía un interés muy fuerte en volver a renovar los lazos de aquel vínculo.

Mientras Diana Montenegro hace la revisión de algunos de los diagnósticos y casos que han llegado recientemente al Hospital General de Nueva York, es interrumpida por un par de golpes en la puerta de su oficina.

— ¡Adelante! — Exclamó Diana sin dirigir la mirada hacia la puerta.

De pronto, vio como aquella mujer que había encontrado en la habitación sosteniendo la mano de Salvador Aristeguieta, ingresaba a su oficina. Pudo detallar el aspecto de la mujer, viéndose muy refinada y con un cuerpo de infarto. Diana tenía un cuerpo modesto, sin demasiadas curvas y nada que impresionara a los hombres, por lo que, por un segundo sintió que no podía competir contra una mujer así.

— He venido a pedirle que vaya a la habitación de Salvador. Al parecer quiere conversar con contigo. — Dijo Alma, mostrando cierta molestia en su tono de voz.

Aunque aquella mujer no estaba interesada en tener una relación sólida con Salvador Aristeguieta, cualquier mujer resultaba ser una amenaza para ella. La diferencia de edad era un factor que siempre la hacía sentir insegura al momento de tener que competir contra una chica más joven. Diana Montenegro es una mujer muy bella, y alma ha notado cierto interés que ha mostrado Salvador Aristeguieta en la chica. Cuando se refirió a ella, los ojos del caballero brillaron enormemente, demostrando la ilusión que despertaba su cercanía.

— ¿Le ha ocurrido algo malo a Salvador? — Dijo Diana mientras se ponía de pie rápidamente.

— No, él se encuentra bien. Solo quiere tener algunas palabras contigo. — Respondió alma mientras su mirada recorría de pies a cabeza a Diana Montenegro.

— ¡Perfecto! Vayamos a la habitación. — Dijo Diana.

— No, lamento no poder acompañarte. Es hora de que me vaya al hotel, tengo muchas cosas que hacer y ya no tengo tiempo para quedarme aquí. — Dijo Alma.

Diana tenía una capacidad de captación muy desarrollada, por lo que, supo que esta mujer al estar hospedándose en un hotel, era un elemento temporal en la vida de Salvador Aristeguieta. Los minutos que Diana invirtió en su llegada a la habitación de Salvador Aristeguieta, le habían costado caro, ya que alguien se había adelantado a llegar hasta allí, por lo que, no podría tener una reunión a solas con Salvador Aristeguieta, como tanto había deseado.

Travis Enríquez es un compañero de turno de Diana Montenegro, quien se ha desempeñado como uno de los médicos residentes más talentosos de lugar. Desde la llegada de Diana al hospital, el joven de 26 años ha colocado su atención en ella, por lo que, a utilizado a Salvador Aristeguieta como una excusa para poder coincidir con ella en más de una oportunidad en los últimos días.

Mientras la chica camina a un paso apresurado directamente hacia la habitación de Salvador Montenegro, después de haberse despedido de Alma Zurbarán, ya Travis Enríquez ha llegado a la habitación de Salvador. La puerta se había abierto cuidadosamente, ante lo que Salvador reaccionó rápidamente levantando su cabeza para dirigir su mirada hacia esta dirección. Sus expectativas se vieron derrumbadas al encontrarse con un joven de cabello rubio, quien lo observaba con una mirada llena de confianza y un rostro sonriente.

— Veo que te has sentido mucho mejor. — Dijo Travis, mientras colocaba su mano en el antebrazo de Salvador Aristeguieta.

El joven empresario estaba convencido de que sería Diana Montenegro quien entraría por la puerta de la habitación, por lo que, asumió que Alma Zurbarán había cometido un error.

— Sí, periódicamente siento fuerte dolor de cabeza, pero sí me siento mucho mejor, gracias. — Dijo Salvador.

— Poco a poco comenzarás a recuperar la movilidad, no te desesperes. Te pondrás bien muy pronto. — Dijo Travis.

— Sí, me lo ha dicho la enfermera. ¿Cuánto tiempo estaré aquí?

— Hoy te quitaremos las vendas, de hecho, a eso es precisamente a lo que venido. — Dijo Travis mientras se preparaba para el procedimiento.

Justo en ese instante, la puerta se abrió nuevamente, entrando Diana Montenegro, quien se encontró con la escena inesperada del médico residente retirando las vendas. No se suponía que esa labor debía ejecutarla él, ya que había expresado claramente que cualquier procedimiento que tuviese que ver con Salvador Aristeguieta ella misma lo llevaría a cabo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — Preguntó Diana Montenegro de una forma tajante hacia Travis Enríquez.

— Estaba al tanto de que había que retirar el vendaje de Salvador Aristeguieta el día de hoy, he querido ahorrarte algo de trabajo. — Dijo Travis.

— Si necesitara ayuda, la pediría. Te agradezco que salgas de la habitación en este instante. — Ordenó de forma inminente la joven chica.

Esto dejó sin palabras a los dos caballeros presentes en la habitación, ya que, Travis había quedado en ridículo frente a su paciente. Quitó las manos del vendaje de Salvador Aristeguieta y se dispuso a salir de la habitación. Sus intenciones de tener algún vínculo o relacionarse con Diana Montenegro cada vez eran más difíciles.

Diana se había ocupado de crear una barrera a su alrededor, lo último que quería era que los caballeros de aquel hospital se hicieran ilusiones con ella, intentando tener gestos cordiales o confundiendo sus gestos de cordialidad.

— Solo quería ayudarte. — Dijo Travis mientras pasaba muy cerca de Diana Montenegro.

La chica ni siquiera se molestó en observar al joven médico, quien abandonó la habitación de forma inmediata. La chica cambió su rostro drásticamente, sonriendo al encontrarse con la mirada de Salvador Aristeguieta, quien no salía de su asombro al ver la decisión y solidez con la que había hablado el joven médico.

— Parece que ya está claro quién manda por aquí. — Dijo Salvador mientras hacía un esfuerzo por no estallar en carcajadas.

Tan solo el hecho de reír, le generaba un fuerte dolor de cabeza que no podía soportar. Quería mantenerse despierto, conversar con Diana Montenegro y compartir algunas anécdotas. Lo último que deseaba era que le fuesen administrados más analgésicos que lo sumieran en un sueño profundo que lo alejaba de la realidad.

— ¡Qué bueno volver a verte, Salvador! Esto ha sido una completa locura desde tu llegada al hospital. — Dijo Diana Montenegro.

— Cuando vi tu rostro aquel día antes de quedarme dormido, pensé que estaba en medio de un sueño. — Dijo Salvador.

— Yo tampoco podía salir de mi asombro cuando descubrí que eras tú quien había sufrido el accidente. — Respondió la chica mientras se sentaba al borde de la cama.

Por primera vez en mucho tiempo, Salvador había conseguido controlar el movimiento de su mano izquierda, moviéndola unos centímetros para hacer contacto con la mano de Diana.

— ¿Estás recuperando la movilidad? ¡Qué alegría! — Dijo la emocionada mujer.

El contacto entre los dos personajes, se hizo mucho más intenso al tener una respuesta por parte de la chica, quien apretó fuertemente la mano del caballero. Aquella unión había estado esperando por muchos años, ya que no había sido voluntaria la separación años atrás.

— ¿En dónde habías estado todo este tiempo? — Preguntó Salvador.

— Estuve en Filadelfia, estudiando y yendo de un lugar a otro mientras me convertía en quien soy hoy.

Las casualidades de la vida la habían llevado a estar en el lugar preciso donde llegaría Salvador Aristeguieta dos días antes del nefasto accidente. La chica, aún no podía salir de su asombro al encontrarse allí tan cerca del hombre que había amado con tanta intensidad durante muchos años.

A pesar de que había intentado huir de sus propios sentimientos, Salvador Aristeguieta siempre estuvo presente en cada día de su vida, ya que hasta los

detalles más y significantes hacían despertar nuevamente el recuerdo de aquel joven pícaro y particular que siempre hacía sonreír a Diana. Desde que el chico había salido de la vida de Diana Montenegro, habían sido muy contadas las ocasiones en las que la hermosa mujer había sonreído de manera genuina. Las carcajadas y risas incontrolables que podía conseguir al lado de Salvador, habían desaparecido definitivamente de su vida.

— ¿Y tú dónde has estado? — Preguntó Diana.

— Asistí a la escuela de negocios, mis padres invirtieron una gran cantidad de dinero en mis estudios. Hoy soy uno de los hombres más ricos del país. — Dijo el joven.

Diana no creyó las palabras del chico, ya que imaginó que este estaba intentando alardear con fantasías para intentar ganarse el interés de la mujer. A pesar de esto, Diana siguió la corriente de las historias que continuamente iniciaba Salvador Aristeguieta. Le atribuyó la invención de muchas de estas historias el daño que habría sufrido durante el accidente.

Por momentos, Diana sentía algo de miedo al imaginar que su antiguo novio habría sufrido un daño irreversible a nivel cerebral. Las historias contadas por Salvador Aristeguieta, solían tener minuciosos detalles acerca de una vida de lujos y excesos, algo que debía quedar atrás desde el momento del accidente, ya que, la expectativa de vida de Salvador Aristeguieta podría disminuir drásticamente si había daño irreversible.

— Has tenido suerte durante el accidente, pudo ser peor. — Dijo Diana mientras llevaba su mano hacia el bíceps del joven caballero.

Aunque la escena no era la más erótica o provocadora, la chica, al sentir el fuerte músculo de su antiguo enamorado, permitió que ciertas sensaciones comenzaron a despertar en su cuerpo. Siempre se había preguntado cómo luciría Salvador Aristeguieta después de tanto tiempo, y finalmente la respuesta había sido muy agradable para Diana Montenegro.

Durante el proceso de operación, la joven doctora había tenido la oportunidad de verlo completamente desnudo, lo que fue un regalo exquisito para la vista de la chica, quien se deleitó con el cuerpo excitante que había cultivado Salvador Aristeguieta a lo largo de todo ese tiempo.

— Afortunadamente caí en tus manos. Creo que de otra forma no me habría salvado de esta. Nunca tendré como pagarte todo lo que has hecho por mí,

Diana. — Dijo Salvador mientras veía fijamente los labios de la chica.

Ambos sentían una gran necesidad de unirse en un intenso beso que marcaría la unión y el reencuentro, pero Diana, intentando proteger su imagen en el hospital, resistió ante la tentación.

— Continuaremos hablando en otro momento, debo volver a mis obligaciones. Me encanta que estés mucho mejor. — Dijo Diana mientras retiraban los vendajes de Salvador.

— Aún conservas la delicadeza en tus manos para tocar y acariciar. Me harás enloquecer al no poder hacer absolutamente nada con mi cuerpo. — Dijo Salvador intentando sumar algo de humor a la ocasión.

— Debes portarte bien durante los próximos días, Salvador. Hay que hacer algunos estudios aún para determinar cuán grave fue el daño que sufriste en la cabeza. Perdiste mucha sangre. — Dijo Diana.

— Cualquier daño será bienvenido si te tengo cerca para cuidarme. — Dijo Salvador.

Hasta ese momento, ninguno de los dos había decidido darle continuidad a su vida sentimental. No habían establecido una relación seria con alguien durante todo ese tiempo que había transcurrido. El miedo a encontrarse con una barrera que les impidiera estar juntos, los hacía coincidir en un camino lleno de dudas y temores, el cual sería afrontado por primera vez por Salvador Aristeguieta.

Estaba acostumbrado a ser un ganador, y nunca había tenido que indagar en la vida de absolutamente nadie para poder asegurarse de dar el paso inicial para poder conquistar nuevos territorios. Al encontrarse con Diana Montenegro, no podía actuar de la misma manera que lo había hecho durante todo ese tiempo. Estaba completamente seguro de que necesitaba recuperarla en su vida, ni todo el dinero ni los lujos que había conseguido hasta ese momento, habían logrado sustituir el vacío que Diana Montenegro había dejado aquella mañana tras marcharse de su casa en compañía de Stefano Montenegro.

Había tenido una oportunidad que le había proporcionado la vida, ya que estuvo a punto de cruzar la línea entre la vida y la muerte. La nueva oportunidad que le había sido proporcionada, debía ser utilizada de manera eficaz, y al contar con Diana Montenegro cerca de él, podría recuperar toda

esa felicidad y el tiempo que se había esfumado de sus manos en todos esos años. Después de terminar de remover el mensaje, Diana debía abandonar la habitación, ya que tenía trabajo que hacer y Salvador Aristeguieta no era el único paciente en todo el hospital.

— Espero verte pronto... — Dijo Salvador.

— No seas melodramático, no irás a ningún lado y tus cuidados están bajo mi responsabilidad. — Dijo Diana antes de abandonar la habitación.

Salvador se sintió como un estúpido al haberse abierto de aquella forma tan vulnerable ante la chica, dándole la posibilidad de obtener cierta ventaja al demostrar su interés en ella. Por su parte, Diana no había demostrado mucho interés en ingresar nuevamente a la vida de Salvador Aristeguieta, ya que la imagen de Alma Zurbarán se mantenía fija en su cabeza.

Aún no había confirmado quién era esta mujer en la vida de Salvador Aristeguieta, y hasta el momento en que pudiese determinar cuál era su lugar en el corazón de Salvador, no movería un solo músculo para volver a ingresar a esa tormenta que representaba la cercanía de Salvador Aristeguieta. El proceso de rehabilitación comenzó algunos días después, mientras Salvador contaba constantemente con la compañía de Diana Montenegro.

Esta se había encargado de supervisar cada uno de los avances en la evolución de Salvador, asegurándose de que este consiguiera su salud absoluta en el menor tiempo posible. Aunque era muy profesional en lo que hacía, cada día que pasaba al lado de Salvador Aristeguieta, era mucho más difícil soportar la tentación de besar a este sujeto, quien constantemente jugaba con la mente de la chica con comentarios seductores y atrevidos que tentaban a la mujer.

Estaba convencida de que tarde o temprano iba a sucumbir ante los encantos de este hombre tan intimidante, cuya mirada seguía generando los mismos efectos que años atrás. Cierta día, mientras Salvador caminaba sostenido de un par de barras paralelas que le ayudaban a mantener el equilibrio, Diana notó como este estaba a punto de desvanecerse. Corrió rápidamente para sujetarlo, así este no sufriría daño al caer al suelo.

Salvador rodeó con su brazo el cuello de la chica para intentar sujetarse, pero todo esto había sido un juego vil para poder tener contacto con Diana finalmente. Ambos se encontraban completamente solos en la sala de

rehabilitación, por lo que, no habría ningún tipo de problemas para Diana Montenegro si dejaba que un beso inocente se llevara a cabo entre ellos.

Salvador recuperó el equilibrio rápidamente y sujetó con mucha fuerza a Diana de la cintura, pegándola contra su cuerpo mientras una de las barras se lo separaba. El caballero no pudo soportar más e hizo contacto con sus labios en la boca de Diana, quien fue tomada por sorpresa, pero no tuvo la voluntad para poder rechazar el movimiento del caballero.

ACTO 7

Un paso a la vez

Después de largos meses de recuperación, finalmente el día de la salida del hospital había llegado. Con este evento tan importante tanto para Salvador como para Diana, también llegaba el final de las esperanzas de Travis Enríquez de poder tener una salida con Diana Montenegro. La chica se había dedicado casi de manera exclusiva a la atención de Salvador Aristeguieta, por lo que, las posibilidades de algún otro sujeto en la vida de la joven, eran casi imposibles de existir.

Travis había intentado una y otra vez cualquier cantidad de estrategias para poder ganarse la atención de Diana, pero esta estaba absolutamente enfocada en llevar a Salvador Aristeguieta a su antiguo estado de salud. Los rechazos se hacían cada vez más agresivos y la condescendencia de Diana Montenegro desaparecía con cada oportunidad que Travis se insinuaba. Esto evolucionó hasta tal punto, que Travis Enríquez había desarrollado algunos celos hacia Salvador Aristeguieta.

Por fortuna para Diana Montenegro y su carrera en el hospital central de Nueva York, Travis no había presenciado absolutamente nada irregular entre la doctora y su paciente, pero esto estaba por terminar aquella tarde justo cuando estaban a punto de dar de alta a Salvador Aristeguieta.

— Finalmente, ha llegado el día de que vuelvas a las calles. — Dijo Diana Montenegro con algo de nostalgia.

— Esto no hubiese sido posible sin ti. — Dijo Salvador, quien aún se hallaba sentado en una silla de ruedas por seguridad.

— Tienes una fortaleza indomable, sinceramente te admiro. — Dijo Diana mientras ponía su mano en el hombro de Salvador.

Todo un equipo de médicos rodeaba a la pareja, quienes presenciaron como Salvador se quedó mirando fijamente a los ojos color ámbar de Diana Montenegro. Era más que evidente que había algo entre ellos, aunque habían tenido la suficiente fuerza de voluntad como para controlar sus impulsos durante las horas de terapia.

Quien pudo notar la intensa química que había entre Salvador y la doctora, fue Travis Enríquez, quien constantemente se mantenía monitoreando cuales eran los intereses de la chica, dispuesto a conseguir algún elemento que le permitiera manipular a Diana Montenegro. Salvador había continuado con las historias acerca de su vida de millonario, pero al encontrarse constantemente dentro del hospital, no había forma de que este pudiese demostrarle a Diana su verdadera identidad.

La chica había asumido que Salvador simplemente sufría de cierto grado de mitomanía, por lo que, no le daba demasiada importancia a las historias que solía relatar acerca de sus noches por Europa, o los cruceros que había compartido con cientos de celebridades.

— Es hora, ponte de pie y caminar. — Dijo Diana mientras impulsaba a su compañero, y paciente a avanzar hacia el estacionamiento.

Lo adecuado era que Salvador llevase a cabo el procedimiento sin ningún tipo de ayuda, aunque sentía algo de miedo, ya que, hasta ese punto, siempre había caminado con la ayuda de muletas o algún bastón. Sería la primera vez que Salvador caminaría nuevamente sin ayuda de absolutamente nada, valiéndose únicamente eso equilibre la fortaleza de sus piernas.

El daño cerebral que había sufrido, le había restado cierta movilidad en alguna extremidad de su cuerpo, por lo que, después de una gran cantidad de procedimientos y estudios, Salvador Aristeguieta estaba preparado nuevamente para enfrentar al mundo y seguir generando millones de dólares tal y como lo hacía meses atrás. En el lugar se han dado cita alguno de los familiares de Salvador, amigos y todo el equipo médico que había servido de soporte para la mejoría del empresario.

Diana no había indagado acerca de la vida privada de Salvador durante aquel periodo de tiempo que compartieron juntos, por lo que, ignoraba absolutamente todo el poder y alcance que tenía Salvador Aristeguieta. Sus cuentas están a punto de explotar en dinero, y tenía acceso a lujosos yates, helicópteros y vehículos impresionantes que conforman una colección increíble en la residencia privada de Salvador Aristeguieta.

Usualmente solía estar en su departamento en uno de los edificios más imponentes de la ciudad de Nueva York, contando con una vista increíble, desde donde había follado con una gran cantidad de mujeres a lo largo de su

vida. Ahora, únicamente pensaba en follar a Diana Montenegro, quien ha mostrado ser una persona abnegada y le ha dedicado gran parte de su tiempo durante los últimos meses.

Haciendo un gran esfuerzo, Salvador consigue ponerse de pie mientras aún sus manos se sostienen de los brazos de apoyo de la silla. Todos veían con asombro todo el esfuerzo físico que estaba realizando el caballero, quien finalmente se encontró totalmente vertical. Sus manos se soltaron lentamente del apoyo, manteniendo finalmente la posición erguida mientras hacía todo lo posible por avanzar, aunque fuese un paso.

Después de avanzar con su pie izquierdo, le siguió el derecho, convirtiéndose en un proceso mucho más sencillo de lo que pensaba que sería. Todos aplaudieron al empresario, mientras Diana dejaba salir un par de lágrimas de felicidad al ver como su antiguo novio volvía recuperar su vida normal.

El sentimiento de envidia y rencor que experimentaba Travis Enríquez era mucho más que evidente, ya que, no podía soportar el hecho de que un recién llegado, intentara enamorar a la mujer de sus sueños. Este joven médico, era del tipo de hombre que no aceptaba una negativa, alimentando sus esperanzas con cada rechazo que recibía de una mujer. Aquella noche, después de terminar las guardias, Diana descubriría la verdadera personalidad de Travis Enríquez.

Aún quedaba mucho trabajo por hacer en el hospital, pero Diana y Salvador se las habían arreglado para verse aquella noche en la residencia de Salvador Aristeguieta. El empresario le había asegurado que descubriría su verdadera faceta y la nueva vida que había conseguido después de tanto trabajo durante esos años. Diana, quien aún se encontraba incrédula después de todas las historias que había escuchado por parte de Salvador, solo podría creer sus palabras si los hechos lo comprobaban.

Travis volvió de nuevo al hospital, mientras todos veían como una enorme limusina, muy lujosa, llegaba a recoger a Salvador Aristeguieta. Esto dejó con la boca abierta Diana Montenegro, quien no esperaba ver un vehículo de tal magnitud recibiendo a Salvador Aristeguieta. El caballero se acercó a Diana, intentado mantener una actitud neutral, extendió su mano y agradeció a la doctora frente a todos los enfermeros y enfermeras.

Acto seguido, caminó con mucha dificultad hacia la limusina, mientras uno de sus empleados abría la puerta para permitir que este ingresara al vehículo. Ante la vista impresionada de Diana Montenegro, Salvador Aristeguieta se marchó a su departamento a prepararse para la cita nocturna que le aguardaba con Diana Montenegro. Diana había conseguido la dirección de Salvador Aristeguieta, quien se la había proporcionado en un pequeño papel que había guardado en su bolso.

Durante el resto del día, no dejaría de pensar en aquella cita que se llevaría a cabo en el departamento privado de Salvador Aristeguieta. Se mostraba muy contenta y una sonrisa se mantuvo dibujada en su rostro durante el resto del día, lo que levantó la sospechas de muchos de sus compañeros de trabajo incluyendo a Travis Enríquez.

— Te he visto muy contenta desde que se marchó Salvador, hicieron una muy buena amistad al parecer. — Dijo Travis, mientras se encontraba con Diana en uno de los pasillos, camino al elevador.

— Cualquier médico profesional debe estar feliz de que uno de sus pacientes recupere la totalidad de su salud. ¿No te parece? — Respondió Diana.

Travis guardó silencio, ya que una vez más la chica le había demostrado el poco interés que tenía de mantener una conversación con él. Aun así, la insistencia de Travis parecía no tener límite, por lo que, continuó su conversación mientras esperaban que el elevador llegar al nivel en el que se encontraban.

— Hoy toca guardia nocturna, ¿cierto? — Preguntó Travis, que manejaba perfectamente la información, pero aun así deseaba confirmarla.

— Sí, debo trabajar hasta las 10:00 p.m. Creo que tú también trabajas hasta esa hora. — Respondió Diana.

— Si, si no tienes inconveniente podríamos ir a tomar algo después de culminar la guardia. No sé, digo, por celebrar tu logro con Salvador Aristeguieta. — Respondió el joven e insistente médico.

— Creo que tendrá que ser en otra oportunidad, ya tengo planes. — Respondió Diana mientras entraban en el ascensor.

Travis no era un hombre estúpido, y sabía perfectamente cuáles eran los

planes de Diana, por lo que, tendría que jugar sus cartas de manera hostil para poder conseguir la atención de Diana Montenegro. Sentía un enorme deseo por esta chica, algo mucho más fuerte de lo que pudiese controlar, por lo que, estaba a punto de cometer un grave error sin que Diana pudiese evitarlo.

Nunca se había insinuado a Travis, siempre le había proyectado claramente cuales eran sus intenciones con este joven. El hecho de demostrar su cordialidad, no significaba que tenía algún interés en él. Pero Travis, sumido en un universo egocéntrico y distorsionado, asumía estos gestos agradables de Diana Montenegro como signos de cierto interés en él.

Al ver esto, sintió ciertas iniciativas de poder dar un paso hacia lo desconocido en intentar seducir a Diana Montenegro de una forma mucho más agresiva. La escena del elevador, había concluido, ambos médicos habían tomado caminos separados, pero Travis Enríquez ya había tomado la decisión de lo que estaba a punto de hacer para poder poseer a Diana Montenegro.

Travis ingresaba a una habitación en donde se almacenaba una gran cantidad de botellas con formol. El Hospital General de Nueva York, tenían uno de los almacenes más diversos de la ciudad, por lo que, Travis podría acceder a todos estos productos químicos sin ninguna dificultad. Una pequeña porción de este líquido, vertido en un pañuelo, sería suficiente para poder dormir a Diana Montenegro y poder hacer lo que quisiera con ella.

Mientras esta se encontraba en desconocimiento de los planes que este malévolo joven estaba construyendo, Salvador se encontraba absolutamente lleno de expectativas al imaginar cómo sería el reencuentro íntimo entre él y Diana Montenegro. Cada uno de los tres personajes se encontraba en un escenario distinto, con expectativas diferentes con respecto a un mismo punto en el tiempo.

Mientras Diana Montenegro imaginaba su atuendo, ya que debía llegar a casa para arreglarse y después dirigirse a casa de Salvador Aristeguieta, Travis preparaba una habitación del hospital en donde llevaría a cabo su malévolo plan. Las horas del reloj avanzaban lentamente, mientras Salvador comenzaba a perder la paciencia al sentir una gran ansiedad por el reencuentro.

Finalmente, cuando llegó la hora de salida, Travis y Diana se encontraban juntos en una de las oficinas generales del hospital. Debido a que ellos eran

uno de los pocos que quedaban realizando las guardias, Diana nunca se imaginaría lo que estaba a punto de ocurrir.

— Creo que nos veremos mañana. Que tengas una buena noche, Travis. — Dijo Diana mientras se dirigía hacia la puerta de la oficina.

Cuando su mano se encontró sobre la cerradura, sintió una fuerte embestida por parte del caballero, quien la abrazó para intentar inmovilizarla. Justo en el instante en que Diana intentó gritar, un pañuelo blanco fue llevado directamente hacia el rostro de la chica, haciéndola caer en un estado de inconciencia en el cual no podía defenderse.

Travis debía actuar de forma rápida y concisa, ya que la dosis que había utilizado no había sido tan elevada y en cualquier momento Diana podría recuperar el conocimiento. Después de acostarla en una camilla, y cubrirla con una sábana, Travis se desplazaba por el hospital con absoluta normalidad sin que algo irregular pudiese ser visto a través de las cámaras de vigilancia.

Diana era trasladada a una de las habitaciones más retiradas del hospital, completamente vulnerable ante un hecho deplorable que estaba a punto de llevar a cabo Travis Enríquez. Después de que el reloj llegara a las 10:00 p.m. de la noche, Salvador ya no aguantaba la impaciencia, por lo que decidió marcar el número de teléfono móvil de Diana Montenegro. El dispositivo sonaba continuamente en el bolso de la chica, el cual se había quedado abandonado en la oficina general.

Los continuos intentos de Salvador Aristeguieta le hicieron pensar que la chica simplemente se había arrepentido de reencontrarse con él. Su personalidad egocéntrica y prepotente, lo hizo terminar con la llamada y descartar para siempre a Diana Montenegro de su vida. Esto duró solo unos cuantos minutos, ya que, cuando Salvador recuperó la calma, volvió a intentar comunicarse con la chica.

Había pasado mucho tiempo desde que Diana y Salvador habían compartido momentos juntos, pero después de aquella experiencia en el hospital y todo el cariño y atención que le había dedicado, Diana simplemente no podía desaparecer de un momento a otro. Podía creer cualquier cosa de Diana Montenegro en ese momento, pero jamás se le ocurriría pensar que esta simplemente apagaría su teléfono móvil y desaparecería de la vida de Salvador Aristeguieta.

Ante esta situación tan irregular, Salvador se dejó llevar por su instinto y le indicó a su chofer que tuviese el coche listo para ser trasladado al hospital, ya que sospechaba que algo andaba mal. La ciudad de Nueva York no era la más segura del mundo, y posiblemente, la chica podría haber sufrido algún contratiempo desagradable mientras se dirigía a su casa. Salvador debía ir al hospital para asegurarse de que la chica había abandonado el lugar, y así poder moverse en su búsqueda a partir de allí.

Al llegar al lugar, preguntó en la recepción por Diana Montenegro, pero allí le fue indicado que la chica aún no había abandonado el hospital. Esto despertó las alarmas en el corazón de Salvador Aristeguieta, quien pidió la autorización para buscarla. Acompañado de un empleado de seguridad, el millonario empresario caminó por los pasillos del hospital en busca de la chica, dirigiéndose directamente hacia su oficina. Esta se encontraba cerrada y las luces estaban apagadas, por lo que, esto indicó que la chica no se encontraba allí.

— A veces suelen reunirse en la sala general. Es mucho más amplia y algunos médicos suelen compartirla en las horas de la noche, por seguridad. — Indicó el guardia.

— Llévame a allí de inmediato. — Indicó Salvador.

Ambos caballeros se dirigieron hacia la oficina general, en donde encontraron el bolso de Diana aún en una silla. Salvador volvió a tomar su teléfono móvil y llamó a la chica, escuchando como el teléfono repicaba una y otra vez dentro de su bolso.

— Algo anda muy mal aquí... Tenemos que encontrar a Diana. — Dijo Salvador.

Dirigiéndose a la habitación principal de seguridad, pudieron visualizar a través de las cámaras el recorrido que había realizado Travis Enríquez minutos atrás. La camilla que había trasladado a la habitación 132, era completamente sospechosa.

— Ese sujeto nunca me cayó bien, tenemos que ir a esa habitación. Travis aún no sale de allí. ¡Vamos rápido! — Dijo Salvador.

El guardia de seguridad acompañó al millonario, y a través de su radio comunicador, dio una alarma de que una situación irregular se estaba llevando a cabo dentro del hospital. Simultáneamente, le pidió a la recepcionista que se

comunicara con el número de emergencias, ya que, posiblemente necesitarían apoyo.

No había que ser demasiado inteligente o tener una intuición demasiado desarrollada para saber que algo muy grave le estaba pasando a Diana Montenegro en ese instante. Había sido su propio compañero de trabajo quien estaba a punto de infringir un daño indescriptible.

La puerta se abrió repentinamente, mientras Salvador y el guardia de seguridad encontraron a Diana casi desnuda tendida en una de las camas del hospital. Travis había intentado saltar por una de las ventanas, encontrándose completamente desnudo. Sabía que estaba en graves problemas, ya que, estuvo a punto de cometer una violación a una chica bajo los efectos de una anestesia ilegal. El cobarde sujeto ni siquiera tuvo el valor suficiente como para saltar por la ventana, por lo que, en el último segundo se arrepintió.

Fue esposado por el guardia seguridad mientras Salvador corrió hacia la cama del hospital para vestir a Diana Montenegro. La chica fue trasladada al área de cuidados intensivos, en donde pasaría el resto de la noche siendo monitoreada por algunos de los residentes que aún permanecían en el hospital.

Tras despertar, Diana no podía creer el relato de Salvador Aristeguieta, ya que, lo último que recordaba había sido una fuerte embestida por parte de Travis Enríquez, quien para ese momento ya había sido encerrado y quedaría a la espera de un juicio en el que la propia Diana Montenegro debería testificar en su contra meses después.

ACTO 8

Fantasía hecha realidad

El daño emocional que había sufrido Diana Montenegro después de aquella anécdota nefasta en la que Travis Enríquez había destruido la poca confianza que quedaba en el prójimo, había sido casi irreversible. Por suerte, Salvador Aristeguieta se encontraba cerca de la chica para demostrarle un ángulo diferente del mundo al que ella estaba acostumbrada a vivir. Una tarde, mientras la chica se encontraba en su departamento, disfrutando de una película cualquiera de fin de semana, la puerta de su departamento sonó un par de veces.

Salvador y Diana no habían quedado en absolutamente nada desde hacía una semana, lo que le había dado a entender a Diana que la relación se había enfriado. Las poca muestra de interés de Salvador por intentar ver a la chica, le habían dado claras muestras de que todo había terminado en relación a Salvador Aristeguieta. Había sido todo muy agradable y tierno mientras duró, algunas cenas en importantes restaurantes o algunas noches que habían pasado juntos para revivir viejos momentos.

Pero la soledad que estaba viviendo Diana Montenegro en esa última etapa, le había demostrado que Salvador Aristeguieta no parecía ser el hombre que ella consideraba que estaría en su vida el resto de ella. Había sido demasiado bueno para ser verdad que el destino los hubiese unido de aquella forma, pero los hechos hablan por sí solos. Salvador se había desaparecido y no había rastros de él ni llamadas ni visitas. Pensando que se trataba de algún vecino en busca de un poco de azúcar o algo de café, la chica salió de la cama para dirigirse hacia la puerta principal de su departamento.

Al abrir, encontró en el suelo un ramo de flores que la superaba en tamaño. Una gran cantidad de rosas rojas colocadas en un arreglo, superaban los 2 m de altura justo frente a Diana Montenegro. El arreglo floral tenía una pequeña tarjeta, y ante la magnitud de que regalo, eso solo podía provenir de una sola persona. La pequeña tarjeta tenía un mensaje escrito con puño letra por el mismo Salvador Aristeguieta, quien le daba indicaciones a la chica con una hora y un lugar.

Diana observó su reloj y pudo darse cuenta que solo faltaban 45 minutos para la llegada de la hora pautada en el papel. Podía seguir el juego del caballero o simplemente volver a la cama e ignorar el gesto. Algo se traía entre manos Salvador Aristeguieta, y la chica moría de curiosidad por saber de qué se trataba. Al no tener demasiado tiempo para alistarse, Diana Montenegro guardó el arreglo floral en su departamento, corrió hacia el cuarto de baño para tomar una ducha rápida, tomó lo primero que se le atravesó y se vistió en tiempo récord.

No colocaría demasiado maquillaje en su rostro y su cabello lo llevaría de forma natural. Rápidamente salió del edificio, dirigiéndose hacia el punto de encuentro, ubicado a una calle del edificio. De pronto, Diana se volvía a sentir nuevamente con una adolescente enamorada, en medio de una ilusión platónica, en la cual volvía a verse involucrado Salvador Aristeguieta. Esta vez no tendría que rendir cuentas a absolutamente nadie y no tendría miedo de exponerse con el caballero por las calles de Nueva York, ya que el padre de Diana Montenegro no tenía ningún tipo de influencia sobre ella.

El lugar que se había pautado para la reunión era una hermosa plaza que solía estar repleta de personas, pero aquel día estaba absolutamente solitaria. El lugar contaba con algunas fuentes que permitían la salida de grandes cantidades de agua que superaban los 4 m de altura. Era un espectáculo para la mayoría de los transeúntes, pero esa noche todo estaba absolutamente apagado. Diana pensó que se trataba de una broma de mal gusto por parte de sus compañeros de trabajo, por lo que, se dio media vuelta y decidió volver a su departamento con una decepción tremenda.

De pronto se pudieron escuchar las hélices de un helicóptero que se acercaba al lugar, resultaba bastante extraño para Diana Montenegro. El helicóptero iba específicamente hacia ese lugar, el cual tenía el espacio suficiente como para poder aterrizar. Era el único lugar en el centro de la ciudad de Nueva York que permitiría esta entrada magistral por parte de Salvador Aristeguieta. El artefacto se posó justo en el centro de la plaza, mientras Diana corría resguardarse por la fuerte brisa generada por las hélices del helicóptero. Salvador salió acompañado de dos guardaespaldas, encontrándose con Diana Montenegro frente a frente.

— ¿De qué se trata todo esto? — Preguntó Diana.

— Quería darte una sorpresa que no olvidaras nunca. — Dijo Salvador

Aristeguieta. Mientras abrazaba a la chica.

— ¿Estás loco? ¿Cómo es que te permitieron llegar con un helicóptero hasta aquí? ¡Estoy sorprendida! — Dijo la chica mientras veía el intimidante artefacto volador.

— Vamos, iremos a dar un paseo. — Dijo Salvador mientras tomaba la chica de la muñeca y la llevaba directamente hacia su helicóptero personal.

El artefacto despegó nuevamente, elevándose en los cielos para mostrar desde lo alto, como la fuente se encendía justo al recibir la señal de Salvador Aristeguieta. Desde lo alto, las luces que se habían colocado estratégicamente en el suelo, imposibles de percibir estando en la plaza, dibujaron unas palabras que Diana Aristeguieta pudo leer con claridad.

<<Cásate conmigo>>, decía la frase que había ordenado que se programará para Salvador Aristeguieta.

La chica leyó una y otra vez la frase antes de que su mirada se encontrara con la de Salvador Aristeguieta nuevamente. Había comenzado a llorar antes de poder dar una respuesta. Después de una semana ausencia, la chica había pensado que todo había terminado, y esto había sido solo parte del plan de Salvador para darle aquella sorpresa a la mujer que más amaba en el mundo.

— Entonces, ¿qué dices? ¿Te casarás conmigo? — Preguntó Salvador mientras mostraba un anillo de diamantes que podía costar más que el mismo departamento de Diana Montenegro.

— No quiero que pienses que me casaré contigo por tu dinero, Salvador. Te amado desde siempre y no quiero que esto cambie. — Dijo Diana mientras cerraba el estuche del anillo proporcionado por Salvador.

— ¿Eso quiere decir que no aceptas? — Dijo Salvador.

— En este momento no puedo aceptar... Aunque debes estar consciente de que moriría por casarme contigo en un futuro cercano. Solo quiero que sea de forma natural, no así, no con todos estos lujos y superficialidad. — Dijo Diana.

— Pensé que te gustaría... Perdona. — Dijo Salvador, que mostraba una enorme decepción ante el fracaso de sus movimientos.

— Hay algo que me gustaría hacer en este momento, no requiere de

demasiado dinero. — Dijo Diana.

La chica se acercó y susurró algunas palabras al oído de Salvador, lo que le generó una enorme sorpresa en el rostro. Salvador indicaciones para dirigirse hacia el helipuerto del Hotel Carlton, el cual se mostraba imponente en el centro de la ciudad de Nueva York, uno de los hoteles más prestigiosos y aclamados por la alta sociedad de la ciudad.

Diana simplemente quería una noche a lado del hombre que amaba, no importaba donde, pero Salvador, quien estaba acostumbrado a los lujos y comodidades, había elegido el lugar más impresionante de la ciudad. El helicóptero había aterrizado en el techo del hotel, saliendo el joven millonario con la chica en brazos. La asistente de Salvador se había encargado de hacer los preparativos y reservaciones para que, a su llegada, la pareja pudiese ingresar directamente a la habitación.

Salvador y Diana ingresaron a la lujosa suite para ir directamente hacia la cama. La chica arrebatava las ropas de su compañero de una manera casi desesperada, mientras este hacía lo mismo con Diana. Habían hecho el amor en múltiples oportunidades, pero aquella noche había una sensación diferente en sus cuerpos, ya que se habían expuesto sus intenciones absolutas de permanecer juntos el resto de sus vidas.

Salvador devoraba el cuerpo de la chica con sus besos, mientras Diana recorría con sus manos la totalidad de la espalda de su compañero. Después de encontrarse completamente desnudos, habían decidido hacer el amor por todo el lugar. Se revolcaban en la cama como dos adolescentes, desordenando las sábanas y enviando las almohadas al suelo. Posteriormente, se dejaron caer directamente sobre la alfombra, mientras Salvador penetraba a la chica sujetando sus muñecas presionándolas contra el suelo.

Las piernas de Diana Montenegro abrazaban a la cintura de su compañero, mientras este rebotaba con mucha furia contra la humanidad de Diana Montenegro. Después de recorrer todo el suelo de la habitación, decidieron irse al jacuzzi de lujo instalado en la habitación de aquel hotel, todo estaba preparado para recibir a la pareja, por lo que, encontrándose completamente desnudos, simplemente ingresaron al agua caliente y espumosa. Salvador lubricaba los pechos de la chica mientras esta se posaba sobre él para introducir el enorme miembro del millonario empresario en lo más profundo de su ser.

Era la primera vez que Diana hacía el amor dentro de un jacuzzi, por lo que, lo disfruta al máximo mientras intenta comportarse como una mujer sin límites ni restricciones. Le hace el amor a Salvador Aristeguieta como una bestia, como si no tuviese ningún sentido más que el placer. Incrusta sus dientes en la piel del caballero, mientras este gime ante dolor y le propina algunas nalgadas a su compañera. Todo era una completa locura caracterizada por la lujuria, mientras la pareja se perdía el respeto por algunos minutos.

Están cansados de los tabúes y limitaciones, de los esquemas cuadrados y la falta de privacidad. Aquella noche, Diana y Salvador habían alcanzado el clímax de su relación, follando como animales y experimentando orgasmos múltiples que los dejaban exhaustos para volver a iniciar pocos minutos después.

Diana no necesitaba una propuesta de matrimonio lujosa, simplemente necesitaba recuperar el tiempo perdido que durante años le había sido arrebatado, por lo que, volver a encontrarse con Salvador Aristeguieta después de tanto tiempo, le daría la oportunidad de comportarse como una verdadera mujer, haciéndole saber a este hombre, que su cuerpo y su alma únicamente le pertenecían a él, a nadie más.

La escena prometía tener un desenlace majestuoso, ya que, desde que había iniciado, ambos habían dejado a un lado la timidez y las reglas. Diana parecía estar bajo los efectos de alguna droga que la hacía experimentar una lujuria infinita, mientras Salvador disfrutaba de esta nueva faceta de Diana Montenegro, quien se comportaba como alguien completamente diferente. Mientras sentía como el caballero la penetraba, Diana saboreaba sus labios acariciaba sus pezones en medio de movimientos que sacudían la masa de agua de un lado a otro.

Mientras sentía como el miembro de Salvador Aristeguieta entraba hasta lo más profundo de su ser, la chica separaba sus glúteos para hacer espacio para las penetraciones. Salvador sujetaba a la chica de su cintura, llevándola en sus movimientos de forma precisa pero rápido. A pesar de todo esto, Diana sentía que necesitaba mucho más que esto, por lo que, extrajo el húmedo miembro de Salvador Aristeguieta de sus profundidades, y se dispuso a insertarlo en un orificio en el cual jamás nadie había entrado nunca.

Quería hacerle saber a Salvador Aristeguieta, que todo su cuerpo le pertenecía en lo absoluto única y exclusivamente a él, por lo que, tomó el pene

del caballero por el tronco y se dispuso a introducirlo en su ano. Salvador quedó completamente sorprendido ante la iniciativa de la chica, ya que pensaba que Diana era una mujer mucho más reservada.

El rostro de Diana mostraba una enorme sonrisa llena de picardía y travesura, dispuesta a complacer a su compañero con deseos prohibidos y retorcidos en los que él también participaría horas más tarde. Salvador se introducía lentamente en la chica, mientras esta movía su cintura de forma circular. El pene del joven empresario se fue introduciendo cada vez más en la cavidad anal de la chica, quien se retorció de placer ante la primera vez que experimentaba este gusto.

— Termina dentro de mí. — Dijo Diana con un tono autoritario y demandante.

Había cambiado drásticamente su actitud, por lo que, despertó en Salvador una excitación incontrolable que lo llevó a una explosión de semen en lo más profundo de la chica. Diana observaba el rostro del caballero mientras experimentaba un placer indescriptible, algo que la llenó de absoluta paz y satisfacción, sintiendo como si hubiese conseguido pagarle finalmente todo el placer que le había generado años atrás durante aquel polvo inolvidable.

Al llegar la mañana, sería la propia Diana Montenegro quien llevaría el desayuno a la cama. Después de haber solicitado un servicio especial a la habitación, la chica le daría la sorpresa de su vida al caballero, siendo ella misma quien le propondría matrimonio al caballero.

Completamente desnuda, y con el anillo en su mano, la chica giró completamente el curso de los acontecimientos, ya que se había transformado en alguien completamente diferente con el tiempo.

— Después de una noche como esta, sería una tonta si no me caso contigo, Salvador. — Dijo Diana mientras entregaba el anillo al caballero.

Salvador aceptó la propuesta, y sobraría decir como continuó el resto del día. Ambos querían recuperar cada segundo que estuvieron lejos, y sus cuerpos no parecían quedar satisfechos a pesar de los orgasmos continuos que experimentaban.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J* did@ - mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso

— Romance Oscuro y Erótica —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de

un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi

cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin- tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin- tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.